

6885

Masoniel.

MASANIELO,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

Don Antonio Gil de Zárate.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF THE HISTORY

OF THE UNITED STATES



1911

PERSONAS.

TOMÁS ANIELO, *conocido por Masanielo.*

EL CONDE DE CONVERSANO.

LAURA, *hija del conde.*

SALVADOR CATANEO.

ONOFRE CAFIERO.

FRANCISCO ANTONIO DE ARPAYA.

GENARO ANNÉS.

EL CAPITAN BARBARIDA.

MARÍA, *camarera de Laura.*

UN CABALLERO.

UNA DAMA.

UN MARINERO.

UNA ALDEANA.

} *Caudillos del pueblo.*

Caballeros, damas, hombres y mugeres del pueblo,
marineros, soldados.

La escena es en Nápoles, en el mes de Julio del
año de 1647.

Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala. En el fondo un balcon. Dos puertas laterales. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

MASANIELO. MARÍA.

(Al subir el telon, óyese en el fondo, á lo lejos, un bandolin y una voz que canta.)

VOZ.

Surca el mar, veloz barquilla,
surca á prisa el mar en calma,
pues feliz me anuncia el alma
que esperando está mi amor.

Surca el mar, que ya cercana
miro allí la ansiada orilla:
lleva presto, mi barquilla,
al amante pescador.

(Mientras canta la voz, sale María con una luz y una escala de cuerdas: coloca la luz en la mesa, y se va acercando al balcon con misterio.)

MARÍA. Su voz es esa: conozco
su acostumbrada cancion.

(Abre el balcon.)

Alli está el barco... ya llega...

¡Que ande en estos pasos yo!

¡Yo, doncella recatada,

prototipo del pudor!

Si al menos fuera por mí,

que no me falta aficion...

¡Mas ser de amores agenos

medianera, es cosa atroz!

voz. (*Canta.*) Ya brillar en la alta reja
la luz miro que me llama:
no te ocultes á quien ama,
astro fiel, consolador.

A los pies del bien que adoro
sé, luz bella, sé mi guía;
y allí muera de alegría
el amante pescador.

MARÍA. Ya atraca el barco... Echaré
la escala... La ato al balcon...
Bueno... Asi... Mas si alguien viene...
De miedo temblando estoy...
No es posible; duermen todos,
y ausente está mi señor...
Si lo supiera... ¡Dios mio!
¡No habria mala funcion!

(*Sale Masanielo, subiendo por el balcon.*)

MASAN. ¡Laura mia...! ¡Ah! que eres tú,
María...

MARÍA. Tomas, yo soy.

MASAN. ¿Y tu ama?

MARÍA. Está en su aposento.

MASAN. Pues no tardes, vé...

MARÍA. ¡Qué ardor!

Cachaza, que mi señora
debe usar de precaucion
para venir, y no puede...

MASAN. ¡No puede!

MARÍA. Sí tal... ya voy
á avisar... Si acaso tarda
no os desesperéis.

MASAN. No... no...
Mas dile que estoy sin vida
mientras no llega mi sol.

MARÍA. Por San Genaro bendito
que es galan el pescador. (*Vase.*)

ESCENA II.

MASANIELO. CATANEO. CAFIERO.

MASAN. ¡Qué triste presentimiento

hoy me aflige el corazon!
 Temo que un funesto caso...
 Este misterioso amor
 no puede durar... Es fuerza
 buscar alguna ocasion...
 Mas los amigos aguardan...
 Subid... sí... subid los dos.

(*Se asoma al balcon, llama, y suben por él Cataneo y Cafiero.*)

CAFIERO. Asaltóse la ventana:
 ladrones somos de amor.

CATANEO. Pues, como soy Salvador,
 que lo hago de mala gana.

MASAN. ¿De mala gana?

CATANEO. Sí, á fé.
 ¡Vive Dios que es desatino
 andar en esto!

CAFIERO. ¿Es divino!

CATANEO. Es necesidad.

CAFIERO. Y ¿por qué?
 Son donosas aventuras.

CATANEO. Todo por una muger.

CAFIERO. Esto se llama querer.

CATANEO. Estas se llaman locuras.

CAFIERO. Amar como ama cualquiera
 maldita la gracia tiene;
 pero hacer una que suene
 con casada ó con soltera,
 arrebatarla ¡ó delicia!
 de entre los paternos brazos,
 andar por ella á trastazos,
 dar que hacer á la justicia,
 es el sainete de amor.

CATANEO. ¡Siempre á locuras dispuesto!

CAFIERO. Y tú ¡siempre con mal gesto!

CATANEO. ¿Qué quieres...? gasto este humor.

CAFIERO. (*A Masanielo, que mira hácia la puerta.*)

¿Qué haces ahí pensativo?

MASAN. Miro si mi dueño viene.

CAFIERO. ¡Vaya una dicha que tiene
 este bribón...! ¿Qué atractivo

se halla, dime, en tu persona
para que te amen condesas,
mientras que yo en mis empresas
solo hallo alguna fregona?

MASAN. ¡Casualidad!

CAFIERO. Y ¡á fé mia
que la niña no es alhaja!
Su tez á la nieve ultraja,
su rostro inspira alegría,
sus ojos son dos estrellas,
y su cuerpo... ¡una cintura...!
No tiene igual hermosura
este pais de las bellas.

MASAN. ¿La conoces?

CAFIERO. Eso es llano:
en Nápoles, por su fama,
¿quién hoy á la hija no ama
del conde de Conversano?

CATANEO. Mas conocido es su padre.

CAFIERO. Confieso que es gran bribon.

CATANEO. ¡Ojalá que el corazon
este puñal le taladre!

CAFIERO. Váyase con Lucifer,
como su hija nos quede.

MASAN. ¡Cuánto tarda...! Algo sucede
cuando...

CAFIERO. Es preciso tener
en estos lances espera.
Este sillón hallo á mano
y en sus brazos me arrellano.

*(Toma un sillón y se sienta, quedándose medio dor-
mido.)*

CATANEO. No; marcharnos mejor fuera.

CAFIERO. ¡Marcharnos...! Y ¿para qué?
Yo me encuentro bien ahora.

MASAN. Y á la que mi pecho adora
¿por ventura no veré?

CATANEO. ¿Tanto es tu amor?

MASAN. Es inmenso.

CATANEO. Vé, me inspiras compasion.

MASAN. ¿Nunca amó tu corazon?

CAFIERO. ¿Él...? Ni es capaz de amar, pienso.

CATANEO. ¿Amar...! ¿á quién...? ¿á la hija
de un noble, de un gran señor!

¿Vive Dios que es necio amor,
ni entiendo á qué se dirija!

¿Presumes con ella unirte?

Corre, pues, y la pretende:
de ira verás cuál se enciende
su altivo padre al oírte.

De que osado á tanto aspiras
la sangre en él hervirá:

deshonrada la creerá
solo con que tú la mires.

Entre esa gente y nosotros
enlace no puede haber:

solo para aborrecer
existimos unos y otros.

MASAN. No ignoro, no, la distancia
que nos separa á los dos;
pero amor, potente Dios,
mas vence cuando hay constancia.

Tal vez... En fin, si es locura,
si en pós de sombras me afano,
todo razonar es vano,
este error es mi ventura.

Y no me aconsejes mas;
que al contemplar tal tesoro,
yo solo sé que la adoro,
y no pienso en lo demas.

CATANEO. Haces muy bien, Masanielo;
no lo debes, no, pensar;
pues te miro preparar
á tu amor eterno duelo.

MASAN. ¿Quién...? ¿yo?

CATANEO. Sí... ¿lo has olvidado?

¿será fuerza te lo digan?
¿qué juramentos te ligan?
di: ¿qué empresa has meditado?

MASAN. Recuerdos no he menester:
yo vi á mi patria oprimida,
y aun á costa de mi vida

sus hierros juré romper.

CATANEO. Pues esta casa en que estás,
sus dueños que envanecidos
la habitan hoy, convertidos
en cenizas los verás.

MASAN. ¡Cómo!

CATANEO. Cuando con furor
se alce el pueblo, y su venganza
sacie en la justa matanza,
responde: ¿tendrás valor?

MASAN. ¿Dudarlo puedes?

CATANEO. Y acaso
¿sabes, Masanielo, di,
lo que exijirá de tí
la patria en tan fiero caso?

MASAN. ¿El qué?

CATANEO. Tú mismo la espada,
de esa patria en el altar,
sin piedad has de clavar
en el padre de tu amada.

MASAN. ¡Yo!

CATANEO. Y su aleve corazon
traspasado, palpitante,
será, venturoso amante,
la ofrenda de tu pasión.

MASAN. Te engañas: no morirá,
que yo sabré defenderlo.

CATANEO. Y entonces traidor, al verlo,
el pueblo te llamará.

MASAN. ¡Traidor! ¡á mí...! Por ventura
cuando yo me armo por él
¿me quiere tambien cruel?
¿será crimen la ternura?

CATANEO. Cuando al son de libertad
el pueblo baña sus manos
en sangre de sus tiranos,
es crimen, sí, la piedad.

MASAN. Al ir el yugo á romper
de que se muestra impaciente,
le prometo ser valiente,
pero no bárbaro ser,

CATANEO, Y ¿á qué, pues, alzarte intentas?

MASAN. ¿A qué? para darle gloria,
para borrar la memoria
de sus antiguas afrentas.
Hora á levantar del suelo
la frente se atreve apenas:
quitémosle sus cadenas,
y ácela erguida hasta el cielo.
Bella Italia, tú algun dia
señora del mundo fuiste:
¿cómo tan bajo caiste?
¿quién tu antiguo ardor enfria?
Do quiera en tu suelo miro
triunfar al vil estrangero:
sufrir este aire no quiero
de esclavitud que respiro.
Vuelve á tu antiguo esplendor,
y mostrando tu pujanza,
de este fértil suelo lanza
á tu bárbaro opresor;
que si en el ocio en que estan
tus viles nobles reposan,
lo que ellos cobardes no osan
estos plebeyos lo harán.

CATANEO. Aun harán mas: de esos hombres
altivos, raza maldita
que nuestro furor concita,
borrarán hasta los nombres.
Del suelo desaparezcan
tantos viles cortesanos:
los que no sean villanos
como nosotros, perezcan.
No me basta libre ser,
renuncio gloria y honor,
si este implacable rencor
no logro satisfacer.
El que una vez me humillara
no espere de mí piedad:
aun mas que la libertad
la venganza al pueblo es cara.

CAFIERO. Pero señor, ¿qué sandeces

estais ensartando ahí?
 ¡Mucho hablar, y desde aqui
 iremos á vender peces!
 Por Dios, que es gran desatino
 en tales cosas pensar:
 los dos sois locos de atar
 y habeis ya perdido el tino.
 ¡Qué gloria ni calabazas!
 ¡qué libertad ni qué alforja!
 ¿quién tales proyectos forja?
 ¿pues de héroes tenemos trazas!
 Dejad al mundo correr,
 y ande la bola: yo al rico
 no tengo odio, ni tantico,
 como me dé de comer.
 ¡Que nos manda el español!
 De quien quiera que dependa,
 mis redes serán mi hacienda,
 y mi solo abrigo el sol.
 Ahora bien, si hacer podeis
 que yo tambien rico sea,
 apruebo entonces la idea,
 y muy gran favor me hareis;
 que cuando os oigo formar
 planes tan vastos y bellos,
 solo encuentro bueno en ellos
 lo que me pueda tocar.
 Logre yo tener dinero
 cuanto le cumpla á mi gusto;
 y que otro lo tenga es justo,
 bien sea noble ó pechero.

MASAN. Callad, que alguien viene ya.

CAFIERO. Una luz alli diviso.

Ella será... sí... preciso.

MASAN. Ocultaos.

CAFIERO. Bien está.

Pero ¿dónde?

MASAN. En este cuarto.

(Señalando el de la derecha.)

No salgais sino á mi voz.

CAFIERO. En él me meto veloz.

CATANEO. De este embrollo ya estoy harto.
(Cataneo y Casiero se ocultan en el gabinete de la derecha. Sale Laura azorada.)

ESCENA III.

MASANILO. LAURA.

LAURA. ¡Masanielo!
 MASAN. ¡Dueño mio!
 ¡Cuánto has tardado! ¡Qué tienes?
 ¡Oh! ¡cuán agitada vienes!
 LAURA. Vete pronto.
 MASAN. ¡Qué desvío!
 ¡Irme yo!
 LAURA. Si te detienes
 perdidos somos los dos.
 MASAN. ¡Perdidos...! ¡qué causa, di...
 LAURA. Mi padre se encuentra aquí;
 márchate, mi bien, por Dios.
 MASAN. Pues ¿no estaba ausente?
 LAURA. Sí;
 mas de pronto ha regresado.
 Su inesperada venida
 me estremece: háme abrazado
 silencioso, y en seguida
 en su estancia se ha encerrado.
 MASAN. Querrá descansar... Mi bien,
 no temas... ¡Ah! ¡cuánto anhele
 verte, hablarte...! Al lado ven
 de tu amante Masanielo.
 LAURA. ¿Lo quieres...? Cuidado ten
 por si alguien viene, María.

(María, que la habrá acompañado, se retira.)

MASAN. Deja, deja, Laura mia,
 que un instante aquí te mire,
 y luego á tus pies espire
 de pasión y de alegría.
 Torna á mí tus ojos bellos,
 tus ojos que mansedumbre
 derraman entre destellos,
 y á los rayos de su lumbre

quede abrasado por ellos.
De ese rostro angelical
contemple yo la dulzura;
y este placer sin igual
me transporte en mi ventura
á la mansion celestial.

LAURA. Y deja que yo á mi vez
respire tu dulce aliento,
oiga tu voz, cuyo acento
ahuyenta mi timidez
mientras grata aqui la siento.
Lleguen hasta el corazon
esas palabras ardientes
que pintando tu pasion,
en él dejan, elocuentes,
profunda, eterna impresion.
¿Qué magia tan poderosa
en tí, dulce dueño, existe,
que aunque yo lo quiera ¡ay triste!
subyugada, temblorosa,
mi razon no la resiste?
¿Cómo, di, te apoderaste
de mi alma, de mi existencia?

MASAN. ¿Yo...? No conozco mas ciencia
que el amor que me inspiraste.

LAURA. ¿Tanto me amas?

MASAN. Con demencia.

¿Ves el ardiente volcan
que arde sobre nuestra frente,
y cubre airado, impouente,
los campos que en torno estan
con olas de lava hirviente?

Pues menos activo, sí,
es su fuego destructor,
que este inestinguible ardor
que para adorarte á tí
prendió en mi pecho el amor.

¿Ves ese mar borrascoso
que alza sus olas al cielo,
y allá en su abismo espantoso
traga el navío orgulloso

como el frágil barquichuelo?
 Asi alterado se ostenta
 mi fogoso corazon
 do en eterna confusion
 mueve furiosa tormenta
 ardiente, inquieta pasion.
 Y en el continuo afanar
 que este pecho martiriza,
 cuando los llevo á mirar,
 con el volcan, con el mar
 mi corazon simpatiza;
 que allá en la cumbre elevada
 medir el cráter me agrada
 si hierve la lava en él;
 ó mecirme en mi batel
 sobre la onda irritada.

LAURA.

¿Cómo el fuego vehemente
 con que tu pasion se esplica
 á mi alma se comunica,
 y el dulce ardor que ya siente
 con el tuyo centuplica!
 Al verte y al escucharte,
 quién eres, quién soy olvido;
 que si la suerte criarte
 en cuna humilde ha querido,
 yo nací para elevarte.
 ¿Qué me importa la riqueza?
 ¿qué los antiguos blasones?
 Mucho mas que oro y nobleza
 yo estimo la fortaleza
 que alienta los corazones.
 A tu arrojó, á tu valor
 ¿no debo, dime, la vida?
 Tú del mar y su furor
 me salvaste: agradecida
 yo la consagro á tu amor.

MASAN.

LAURA.

¿Puedo olvidar
 aquel momento dichoso?
 Cuando en los brazos reposo
 del sueño, y al despertar,

siempre te miro animoso
lanzarte á la mar airada,
y despreciando la muerte,
ante la turba asombrada,
del abismo, desmayada,
sacarme con brazo fuerte.

MASAN.

Aquel dia decidíó
por siempre de mi destino ;
pues ¿cómo pudiera yo
ver tu semblante divino
y ser insensible...? no.
Bien conozco que es demencia :
¡un menguado pescador
osar amarte, ó insolencia,
empañando el bello honor
de tu preclara ascendencia !
Esto tu padre dirá :
mi amor un crimen será ;
y al ver que el tuyo consigo,
leves para mi castigo
suplicios mil hallará.

LAURA.

Yo me arrojaré á sus pies,
los bañaré con mi llanto,
y al contemplar mi quebranto...

MASAN.

¿Olvidas, Laura, quién es?
¡Puede el orgullo en él tanto!
A sus ojos Masanielo
es despreciable villano ;
mas se engaña, vive el cielo,
si piensa que este gusano
se arrastre siempre en el suelo.
No, que el insecto tal vez
su vil capullo quebranta,
y en alas de brillantéz
del fango, con altivez,
hasta el cielo se levanta.
Pues yo me levantaré :
yo me haré grande, temible,
y con esfuerzo invencible
tu mano conquistaré ;
¡nada al que ama es imposible!

Ya mi primera rudeza
 perdí desde que te adoro;
 que á impulsos de mi terneza,
 á abrir para mí se empieza
 de las letras el tesoro;
 y en el ardor que me inspiras
 todo mi alma lo ambiciona;
 pues de tal poder blasona,
 que el pescador que aqui miras
 aspirára á una corona.

LAURA. Sí, mi bien, te ilustrarás;
 el corazon me lo dice:
 tu noble ardor me predice
 que algo grande emprenderás
 que tu nombre inmortalice;
 y cuando al fin logre verte
 la sien de lauro ceñida,
 al consagrarte mi vida,
 en lugar de ennoblecerte
 yo seré la ennoblecida.

ESCENA IV.

DICHOS. MARÍA.

MARÍA. Señora, perdidos somos:
 vuestro padre...

LAURA. ¡Ó Dios! ¿Es cierto?

MARÍA. Yo le he visto: acompañado
 viene de dos escuderos.

LAURA. ¡Ay! huye pronto, imprudente:
 ¿por qué te has quedado?

MARÍA. Luego,
 luego... Marchaos... Bajad.

MASAN. Sí... ya voy.

MARÍA. Bajad.

MASAN. (¡Ó cielos!
 y esos que quedan ahí...) (*Aparte.*)

MARÍA. Que ya se acerca.

LAURA. ¿Qué haremos?

MARÍA. Yo me escondo en este cuarto.

LAURA. Sí, sí, vamos.

(*María va á entrar en el gabinete: al abrir la puerta ve á los que estan dentro, y retrocede espantada dando un grito.*)

MARÍA.

¡Ay!

LAURA.

¿Qué es eso?

MARÍA.

¡Unos hombres!

LAURA.

¡Unos hombres!

MASAN.

Sí, son unos compañeros.

LAURA.

¡Masanielo!

MASAN.

Nada temas:
era tan solo mi intento...

MARÍA.

Ya estan ahí.

LAURA.

¡Cielo santo!

MASAN.

Yo á defenderte me quedo.

MARÍA.

Cogiónos en el garlito:
ya puedo rezar el credo.

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE. DOS CRIADOS.

CONDE.

Laura, ¿qué es esto...? ¿Por qué
en este sitio te encuentro?
¡A tales horas tú aquí!

LAURA.

¡Padre...!

CONDE.

Y ese hombre que veo,
¿quién es? ¿qué quiere?

LAURA.

Es un...

CONDE.

Habla.

Si he de juzgar por su aspecto...,
algun malhechor...

MASAN.

¿Quién? ¿yo?
¿Me conoceis?

CONDE.

¡Masanielo!

MASAN.

Sí, conde.

CONDE.

Y ¿á qué venís?
Responded: ¿qué vil proyecto...?
¿Por dónde entrásteis?

MASAN.

(*Señalando el balcon.*) Mirad.

CONDE.

¡Por ese balcon! ¿Qué es esto?
¡Una escala...! Y ¿quién os pudo...?

¡Ah! ¡malvados...! ya comprendo...
 La turbacion de estas dos...
 ¡Padre infeliz...! ¿Con que es cierto...?
 No me engañaron... ¡Venganza!
 (*A sus criados.*)

Venid: muera este perverso.

MASAN. (*Sacando un puñal.*)

Nadie se acerque, ó sino...

LAURA. ¡Padre!

(*Interponiéndose entre Masanielo y el conde.*)

CONDE. Aparta.

LAURA. Deteneos.

(*A los criados, que se dirigen armados hácia Masanielo.*)

CONDE. Vosotros, ¿á qué aguardais?
 Herid. (*A sus criados.*)

MASAN. (*Dirigiéndose hácia la puerta del gabinete.*)
 Venid, compañeros.

(*Salen Cataneo y Cafiero, y abalanzándose cada uno á un criado, le coge el brazo y le pone un puñal al pecho.*)

CAFIERO. Poco á poco, camarada.

CATANEO. Si das un paso eres muerto.

CONDE. ¿Qué miro? ¡Lazo infernal!

MASAN. Quitadles las armas luego.

CATANEO. Venga acá. (*Desarmando al suyo.*)

CAFIERO. Si te resistes... (*Lo mismo.*)

CONDE. ¡Cobardes...! Yo solo puedo...

MASAN. Estais en nuestro poder:
 conde, envainad el acero.

CONDE. No, que antes...

CATANEO. (*Apuntándole con una pistola.*)

Verás qué pronto...

LAURA. ¡Ah!

MASAN. Salvador, ten respeto
 al padre de Laura... Aparta.

CATANEO. Si digo bien que eres necio.

MASAN. Dejadnos solos... Volved
 á ese cuarto.

CATANEO. Está bien.

CAFIERO. (*Señalando á los criados.*) ¿Y estos?

MASAN. Que entren tambien con vosotros.

CAFIERO. Venid.

CATANEO. Ea, entrad primero.

(*Hacen que los criados entren con ellos en el gabinete y se encierran. Maria habrá aprovechado el anterior diálogo para marcharse.*)

ESCENA VI.

MASANIELO. EL CONDE. LAURA.

(*Masantelo va á la puerta de salida y la cierra con llave.*)

CONDE. ¿Qué estais haciendo?

MASAN. Cerrando
esta puerta: ¿no lo veis?

CONDE. ¿A qué fin?

MASAN. Para que nadie
entre: ¿para qué ha de ser?

CONDE. Mas...

MASAN. No temais.

CONDE. Yo no temo.

MASAN. ¿Recelais de mí?

CONDE. Sí, á fé.

MASAN. Tranquilizaos... Guardad
esa espada.

CONDE. Asi está bien.

MASAN. Escusada precaucion.
Ya sois solo contra tres:
si quisiéramos...

CONDE. Al menos
bien vengado moriré.

MASAN. Guardad la espada, os suplico,
y procuremos tener
la fiesta en paz.

CONDE. Ya la guardo.

Ahora ¿qué me quereis?
Presto, hablad.

MASAN. Sentaos.

CONDE. No.

MASAN. Sentaos. (*Dándole una silla.*)

CONDE. ¿Qué pesadez!

(Toma la silla y se sienta con enfado.)

MASAN. *(A Laura.)*

Y vos, señora, no así
tan desconsolada esteis.

LAURA. ¡Ah! Masanielo...

MASAN. Por Dios,
calmad... Sentaos tambien.

LAURA. Mas mi padre...

MASAN. Vuestro padre...

¿Qué pudierais temer de él?

CONDE. *(Levantándose.)*

Su muerte, si por ventura
lo que no llevo á creer
fuera cierto.

MASAN. Y defenderla
yo entonces, conde, sabré.

CONDE. ¿Luego es verdad...?

MASAN. Sosegaos.

Tomad asiento otra vez.

CONDE. ¡Paciencia!

(Se vuelve á sentar, siempre con ira. Masanielo da una silla á Laura, que se sienta afligida y llorando; y él hace lo mismo, junto al conde.)

MASAN. Escuchadme, conde.

Sin duda os acordareis
del dia en que de las ondas
á vuestra hija salvé.

CONDE. Si vos entonces valiente
os mostrasteis, bien sabeis
que yo tambien generoso
con vos mostrarme intenté.

Mis tesoros os abrí:
sin tasa en ellos coger
pudisteis, y...

MASAN. Sí, riquezas
me ofrecisteis... Rehusé.

CONDE. Y ¿qué mas hacer podia?

MASAN. ¡Oh! Vosotros no sabeis
cuando os servimos pagarnos
sino con oro: á los pies
nos lo arrojaís, y el desprecio

y la deshonra con él.
 Pues yo prefiero guardar
 del beneficio el placer,
 y al mismo tiempo el derecho
 de despreciaros tambien.

CONDE.

¡Atrevido!

MASAN.

Perdonad:

soy altivo.

CONDE.

Bien se ve.

Pero al fin...

MASAN.

Al fin, señor,

esculpida con cincel
 de fuego, en el corazon
 aquella escena guardé.
 Desde entonces á mis ojos
 todo la ofrece: el poder
 de esa beldad avasalla
 mis sentidos. Ora esté
 el fiero mar arrostrando
 en mi ligero batel;
 ora en mi rústico albergue
 el cuerpo al descanso dé;
 ora afanoso recorra
 ese florido vergel
 con que Nápoles en torno
 ostenta un segundo Eden;
 ora, en fin, quiera aturdirme
 con el bullicio y vaiven
 del pueblo que allá en la plaza
 hierve en confuso tropel;
 la miro hermosa, radiante,
 cercada de brillantéz,
 cual la reina de las aguas
 bajo su rico dosel;
 ó mírola desmayada
 cual cadáver á mis pies,
 muerta la luz de sus ojos,
 cubierta de palidez;
 y á pesar de mis combates,
 sin que me pueda vencer,
 siento, señor, que la adoro,

y siempre la adoraré.

CONDE. ¡Y el liviano pensamiento
te has atrevido á poner,
tú, mísero pescador,
en la hija de...

MASAN. ¿De quién?

¿De un conde? ¡Crimen horrible!

CONDE. ¡Tú amarla, tú!

MASAN. ¿No? Y ¿por qué?

¿No tengo en mis venas sangre
que hirviendo siento correr?

Y ¿no tengo un corazón
que late y siente...? Par diez
que cuando á la par de un grande
ojos me dió con que ver
el cielo, si él sabe amar,
puedo amar lo mismo que él.

CONDE. Amad á vuestras iguales.

MASAN. Y ¿amadas no pueden ser
vuestras hijas?

CONDE. Por vosotros,

no.

MASAN. ¿Por quién?

CONDE. ¿No lo sabeis?

Por quien no haga de vergüenza
nuestra frente enrojecer.

MASAN. Solo hay vergüenza en el crimen;

y mientras tenga houradez

un plebeyo, vive Dios

que es tan bueno como el rey.

CONDE. Asi va el mundo.

MASAN. No tanto;

que alguno piensa al revés.

CONDE. ¡Quién será!

MASAN. Sin ir mas lejos,

Laura...

CONDE. ¡Mi hija!

MASAN. Sí.

CONDE. Pues ¿qué...?

MASAN. Que si yo la quiero á ella,
ella me quiere tambien.

:

- CONDE. ;Que sufra yo tal afrenta! (*Se levanta.*)
 ;Para esto, infame, la habeis
 salvado?
- MASAN. ;Fuera mejor
 la dejara perecer?
- CONDE. Y con tal amor, decid,
 malvado, ;qué pretendéis?
- MASAN. ;Qué pretendo preguntais?
 Pues nos amamos...
- CONDE. ;Y bien?
- MASAN. Juzgadlo vos.
- CONDE. No lo alcanzo:
 porque, al fin, vuestra altivez
 no puede á tanto llegar
 que aspire...
- MASAN. ;A qué os deteneis?
 hablad.
- CONDE. Rubor da el decirlo.
 A su mano.
- MASAN. Si quereis,
 ;quién lo estorba?
- CONDE. En mi ignominia
 ;pensais que consentiré?
- MASAN. Sé que de altos ascendientes
 no puedo gloriarme: sé
 que soy pobre y solo tengo
 unas redes que ofrecer;
 pero en cambio traigo aqui
 un corazon que tal vez
 gane en aliento y grandeza
 al del mas noble marques.
- CONDE. Pero...
- MASAN. Sé tambien, y acaso
 me vais esto á responder,
 que á su enlace aspirarán
 cien próceres y otros cien.
 Mas esos mismos se hallaban
 presentes, bien lo sabeis,
 cuando en el mar con la muerte
 la infeliz luchaba; y ;quién,
 quién de ellos para salvarla

se quiso al riesgo esponer?

Todos cubierto el semblante
de espantosa amarillez,
inmóviles la contemplaban
en las ondas perecer.

Solo este vil pescador
nacido de entre la hez

del pueblo, entonces aliento
supo mostrar... Ya se ve,
si se trata de morir,
buenos somos y está bien;
mas cuando de nuestras obras
el fruto se ha de coger,

os toca á vos, y nosotros
somos canalla soez.

CONDE. ¡Eh! Basta de discurrir.

Soy su padre, y por la ley
cual me plazca, yo tan solo
puedo de ella disponer.

MASAN. Si la vida Laura os debe,
me la debe á mí tambien.

¿Reclamais vuestros derechos?
Reclamo los míos, pues.

CONDE. ¿Delirais?

MASAN. Oid: no exijo

que á ese orgullo renunciéis;
ni me deis, siendo yo nada,
hora tan precioso bien.

Aguardad: todo me dice
que la sabré merecer.

Otros que cual yo nacieron
en cuna humilde, la sien
han visto ceñirse osados
de victorioso laurel,
y con hechos inmortales
se han logrado ennoblocer.

Yo como ellos algun dia...

CONDE. Me dais compasion.

MASAN. ¿Pues qué,

dudais?

CONDE. Solo un necio amor

MASAN. puede inspirar tal sandez.
Pues mas de lo que pensais
quizás ese dia esté
cercano.

CONDE. Sí, ya saludo
al guerrero gloria y prez
de su patria.

MASAN. Temblad, conde;
que el cielo, en su alto saber,
de pronto al pequeño ensalza,
y al grande pone á sus pies.

CONDE. ¿Me amenazais? Vive el cielo
que aunque perezca, yo haré...

*(Quiere echar mano á la espada: Laura, que se
habrá levantado y acercádose poco á poco atenta
á la conversacion, se interpone entre los dos y le
detiene.)*

LAURA. ¡Padre!

CONDE. Quita tú, malvada,
deshonra de mi vejez:
te desconozco, y mi acero...
sabrás castigar...

MASAN. Tened,
que yo la defiendo, y todo
menos eso sufriré.

CONDE. Ea, acabemos: marchaos;
que si mas os deteneis,
ó vuestra sangre ó la mia
por fuerza habrá de correr.

LAURA. ¡Ay! Vete. *(A Masanielo.)*

MASAN. ¿Y he de dejarte
entregada á ese cruel?

LAURA. ¿Qué importa, no siendo tuya,
que el hierro ó el dolor me dé
la muerte?

CONDE. ¿Qué osas decir?

LAURA. Matadme; pero sabed
que le amo mas que á mi vida.

CONDE. ¡Ó mengua!

MASAN. Bien, Laura, bien:
esa sublime pasion

me engrandece. ¿Qué no haré
si así me alientas? — Señor,
nos amamos, ya lo veis,
nos amamos, y esta llama
que al cielo plugo encender,
es pura, es inestinguible.

CONDE. Masanielo, ¿os marchareis?

MASAN. Me marchó... pero muy pronto
á pedirla volveré.

¿La negais al pescador!

No la negareis tal vez
al que mañana os hará
á todos estremecer.

CONDE. ¿Qué escucho? ¿Qué atroz proyecto...?

MASAN. Basta ya. — Cataneo, ven:
salgamos. (*Salen Cataneo y Cafiero.*)

CATANEO. ¿Nos vamos?

MASAN. Sí.

CATANEO. Gracias á Dios.

MASAN. (*Al conde.*) Atended.

Laura queda aquí: yo espero
que el furor reprimireis,
y que un padre hallará en vos,
no un verdugo.

CONDE. Yo obraré
como guste.

MASAN. Es que si acaso,

lo que no puedo creer,
olvidais que es hija vuestra,
y osareis... Ya me entendeis.

A conocerme hora mismo
habeis podido aprender:
juzgad, pues, si sus ofensas
sin venganza dejaré.

CONDE. Imbécil, tus amenazas
desprecio.

MASAN. A Dios. Ya lo habeis
oido... Dentro de poco
á pedirla volveré.

ACTO SEGUNDO.



El teatro representa el mercado de Nápoles. Gran número de tiendas de todas clases adornadas con guirnaldas y banderolas de varios colores. Puestos de flores.

ESCENA PRIMERA.

CATANEO. CAFIERO. ARPAYA. GENARO. EL CAPITAN BARBARIDA. CABALLEROS. DAMAS. HOMBRES y MUJERES del pueblo. MARINEROS. SOLDADOS.

(Al levantarse el telon, se ve el movimiento de una fiesta popular. Muchas gentes de todas clases se hallan paseándose ó paradas en grupos. Algunos estan en los puestos comprando flores. Varios hombres del pueblo juegan ó prueban sus fuerzas, ó estan tocando la bandola. Muchachos corren por todos lados con banderolas en la mano. A la izquierda del actor se hallan Catanéo, Arpaya, Genaro, y otros formando grupo, unos en pie y los demas sentados. En medio una cuadrilla de marineros está ejecutando una danza. Cafiero junto á ellos los anima.)

DANZA DE MARINEROS.

CAFIERO. **E**so me gusta, muchachos:
bailad, bailad, voto á crivas.
Saltad y viva el placer.
Catanéo, ¿ tú no te animas?

CATANEO. Yo no bailo.

CAFIERO. ; Yo no bailo!
; Vaya un gesto!

CATANEO. Y ¿ quién me obliga...?

CAFIERO. Nadie.

CATANEO. Pues déjame en paz.

CAFIERO. Siquiera por ser el día
del Cármen... ¿No ves la plaza?
Repara qué hermosa vista.
¿Cuánto puësto! ¡cuántas flores!
y sobre todo ¡qué chicas!

CATANEO. Y observa quién viene allí.

(Le señala al capitán Barbarida, que se acerca despacio con un piquete de soldados.)

CAFIERO. ¡El capitán Barbarida!
¡Maldito...! No, pues por él
no he de perder mi alegría.
Muchachos, vuelta á la danza.

(Vuelven á bailar los marineros, pero viendo al capitán junto á ellos se paran.)

CAPITAN. Señores, felices días.
¿Qué es esto...? ¿Por qué se acaba...?

CAFIERO. (¡Espantajo...!) Es que... (¡Cuál mira!)

CAPITAN. ¡Qué gentecita hay aquí!

CAFIERO. Es toda gente lucida.

CAPITAN. ¡Qué presidio!

CAFIERO. Estoy por darle...

CAPITAN. Vaya, cuidado, y prosigan.

(Vase con su gente rondando y observando por todas partes.)

CAFIERO. Ya nos agué la función.

CATANEO. ¡Que no venga todavía
Masanielo!

(Un caballero se acerca á dos damas y ofrece flores á una de ellas.)

CABALL. Si estas flores
os gustan, hermosa niña...

DAMA. Bellas son.

CABALL. Con todo, al veros
las marchitará la envidia.

DAMA. Sois galán; pero guardadlas,
que habrá quien zelos os pida.

(Salen bailando algunas mugeres del pueblo con bandolines y panderetas.)

CAFIERO. ¡Ó qué bellas aldeanas!
no he visto caras mas lindas.

Voy á hablarlas.

(Se dirige á las aldeanas, que dejan de tocar y bailar y se parán formando grupo.)

ESCENA II.

DICHOS. MASANIELO.

(Masanielo sale precipitadamente y se dirige al grupo donde está Cataneo. Al verle los que estan sentados se levantan y todos le rodean.)

MASAN. ¡Hola, amigos!

CATANEO. Ya pensé que no venias.

¿Y qué hay?

MASAN.

Que todo va bien:

esta es la ocasion propicia.

Los tercios que aqui se hallaban

en este instante caminan

al socorro de Milan,

do el condestable peligra.

Con solos doscientos hombres

queda el virey... En Sicilia

no hay soldados... Llega gente

de todas las cercanías

á ver las fiestas... El pueblo

ya sordamente se agita,

y murmurando, tan solo

quien le aliente necesita.

CATANEO. Pues ¿á qué aguardamos?

ARPAYA.

Pronto:

no hay que tardar.

MASAN.

¿Prevenida

está vuestra gente?

CATANEO.

Sí:

la del Lavinaro es mia.

ARPAYA. Todo el Mercado me sigue.

GENARO. Yo mando en la Conchería.

MASAN. Bien... oid.

(Se acercan mas unos á otros y quedan hablando con misterio.)

- CAFIERO. Ea, muchachas,
 ¿qué haceis paradas...? Tú, niña,
 ¿no nos podrias cantar
 alguna cosa bonita?
- ALDEANA. Si gustais...
- CAFIERO. ¿No he de gustar?
 ¡y con esa voz tan linda!
 Formad corro... Oid vosotros. (*A Cataneo.*)
- CATANEO. Sí... ya.
- CAFIERO. ¡Ya! Me da una ira...
- ALDEANA. (*Cantando.*) Sembrada está de flores
 la senda del amor;
 placeres y delicias
 promete al corazon.
 Tú, niña, que por ella
 corriendo vas veloz,
 ¡ay! guárdate, inocente,
 del primer resbalon.
- CAFIERO. ¡Divino! Vamos... mas... mas...
 (*Viendo junto á si al capitan Barbarida.*)
 ¡Otra vez esta estantigua!
- CAPITAN. Quisiera saber por qué
 siempre asusta mi venida.
- CAFIERO. Como teneis esa cara...
 Y luego...
- CAPITAN. Continuad, chicas,
 que yo tambien quiero oir.
- ALDEANA. Pero es que...
- CAPITAN. ¿Quereis lo diga
 de otro modo?
- ALDEANA. No por cierto:
 en cuanto á mí, ya estoy lista.
- MASAN. (*A los que le rodean.*)
 Separémonos, que alli
 está el capitan que mira.
- ALDEANA. (*Cantando.*) ¿Por qué la pastorella
 maldice del pastor?
 ¿Por qué infeliz se queja
 con lastimera voz?
 ¿Sabeis lo que ocasiona
 su llanto, su dolor?

Es que dió la inocente
el primer resbalon.

ESCENA III.

DICHOS. MARÍA.

(Sale María en ademan de buscar á alguno. Ve á Masanielo y se acerca á él con misterio.)

MARÍA. Masanielo.

MASAN. ¿Quién me llama?

MARÍA. Yo soy.

MASAN. ¿Qué veo...? ; María!

MARÍA. Ha ya dos horas que os busco.

MASAN. ¿Y Laura?

MARÍA. Mi ama me envía
á que esta carta os entregue.

MASAN. Dámela.

MARÍA. Leed á prisa.

MASAN. (Lee.) Vamos á ser separados tai vez para siempre. Mi padre, creyendo que la ausencia será capaz de extinguir mi amor, me embarca hoy mismo para España, donde quiere que permanezca hasta que contraiga otro enlace. Se han dado órdenes para tu prision. Ocúltate: salva tu vida; que aunque me lleven al otro estremo del mundo, siempre será tuyo el corazon de = *Laura*.

¿Qué leo? ; Trama infernal!

; Y yo habré de consentirla!

No, vive Dios... Antes juro...

Dime, ¿y Laura?

MARÍA. ; Pobrecita!

Alli sola la he dejado

llorando á lágrima viva.

MASAN. Mas este viaje...

MARÍA. Es cosa

resuelta... Si está que trina
el padre.

MASAN. Mas ¿cuándo...?

MARÍA. Ahora;

sí, que el conde se descuida.

MASAN.

¿Ahora?

MARÍA.

Ya la sacaban
de casa.

MASAN.

¡Ó Dios!

MARÍA.

Metidita
la dejé en el coche.

MASAN.

¡Ó rabia!

Pero ¿dónde, dónde iba?

Vamos, habla.

MARÍA.

Yo sospecho
que hacía el puerto la encaminan.

MASAN.

¡Al puerto...! No hay que perder
tiempo... Acaso... ¡Y me la quita!

Llegó el momento fatal.

Álcese el pueblo y estinga

á esos crueles tiranos.

¡Hola, Cafiero!

CAFIERO.

¿Quién grita?

MASAN.

Escucha.

CAFIERO.

Espera, que estoy...

MASAN.

Ven, te digo.

CAFIERO.

¿Tanta prisa?

*(Masanielo lleva aparte á Cafiero y le habla bajo.
El capitán repara en Masanielo.)*

CAPITAN.

¿Qué veo...? ¿No es mi hombre aquel?

Aquella fisonomía...

Él es... no hay duda... Por fin

halléle... A ver si está lista

mi gente... Muchachos.

(Se reúne con su gente y se va aproximando poco á poco á Masanielo.)

CAFIERO.

(Bajo á Masanielo.) Ya,
ya entiendo.

MASAN.

Si necesitas...

CAFIERO.

Nada, nada: es mia toda
la gente de la marina.

Voy.

MASAN.

No tardes... Yo te sigo.

CAFIERO.

Abur.

MASAN.

Vé con él, María.

Ahora... (*Vanse Cafiero y María.*)

CAPITAN. (*Deteniendo á Masanielo.*)

Mocito.

MASAN. ¿Qué?

CAPITAN. Dése preso á la justicia.

MASAN. ¿Yo?

CAPITAN. Sí... él.

CATANEO. ¿Quién? ; Masanielo!

(*Los marineros y gente del pueblo se arremolinan y acuden manifestando descontento.*)

CAPITAN. Vamos, pronto; no resista.

MASAN. ¿Qué causa...?

CAPITAN. Cuando le ahorquen es regular se la digan.

MASAN. Vive Dios que...

CAPITAN. ¿No obedece?

Prendedle.

MASAN. (*Sacando una pistola.*) Si alguien se arrima, le dejo muerto á mis pies.

CAPITAN. ¿Qué es esto? ; Armas prohibidas! Favor al rey.

MASAN. Compañeros, á mí.

CATANEO. Canalla maldita, si no os vais...

VOCES. ; A ellos!

CATANEO. Sí.

(*Muchos del pueblo sacan puñales y pistolas y se abalanzan á los soldados.*)

CAPITAN. ¿Qué miro? ; Santa Lucia!

¿Cuántos puñales!

VOCES. A ellos.

CAPITAN. ; Favor...! ; Ay...! ; Que me asesinan!

(*El capitan y los soldados echan á correr: el pueblo quiere seguirlos, Masanielo le detiene.*)

MASAN. Dejadlos, que ellos no son, gente vil, canalla indigna, en quienes se ha de cebar vuestra furia vengativa. Otros hay, napolitanos, otros, sí, que la concitan,

y que reclaman los golpes
de la popular justicia.

Otros que orgullo ostentando
en rica, elevada silla,
os imponen las cadenas
de oprobiosa tiranía;
y que gozando sin tasa
riquezas mal adquiridas,
con vuestra sangre y sudor
labran su insolente dicha.

Sí... sí.

VOCES.

MASAN.

¿Quién de nuestros males
es el autor? ¿Quién nos mira
como á míseros rebaños
que devora su codicia,
ó como esclavos nacidos
á servirles de rodillas?

Esos que en torno á nosotros
ricos palacios habitan,
palacios que fabricamos,
moradas donde respiran
mollicie, lujo insolente,
vicios mil, torpes delicias.

CATANEO.

Sí, pueblo, esos que se gozan
en tus miserias, que cifran
su ventura en nuestros males,
y altivos nos tiranizan,
hoy mismo el justo castigo
de sus crímenes reciban.

Miren arder sus palacios,
cébense nuestras cuchillas
en su sangre vil, y asombre
al mundo nuestra osadía.

VOCES.

Vamos.

MASAN.

Ved la condicion
de vuestras tristes familias.
De hambre pereciendo estan,
y trabajan noche y dia:
escasos, sucios andrajos
sus flacos miembros abrigan;
y ellos la gula insaciable

hartan en mesas opíparas,
 ó cubiertos de oro y seda
 en plazas y estrados brillan;
 y aun así, el seco mendrugo
 que estais royendo os envidian.
 ¡Venganza!

VOCES.

MASAN.

Con mil gabelas
 lo poco que os queda os quitan.
 Por vil que sea, ¿qué cosa
 de sus impuestos se libra?
 Hasta los frutos del árbol
 que nuestro afán fertiliza
 y para sustento nuestro
 la próspera tierra cria,
 viéndolo estais, el tributo
 pagan hoy á su avaricia:
 pronto del agua y del aire
 vereis también que nos privan.

ARPAYA. No, no, primero morir.

CATANEO. Perezcan ellos y viva
 el pueblo, y nuestra venganza
 de espanto á los siglos sirva.

MASAN. Alzate, pueblo, del polvo,
 muéstrate la frente erguida,
 y arrojando las cadenas
 hoy tu libertad conquista.
 El yugo del extranjero
 que há tantos años te humilla,
 rompe con heróico brio;
 y de hoy más, ya nunca opriman
 tu fértil suelo los hijos
 detestados de Castilla.
 Libertad, independéncia,
 tal sea nuestra divisa.
 ¿Hay uno de entre vosotros
 que no se inflame al oírla?
 Ninguno.

VOCES.

CATANEO.

Libres seamos.

MASAN.

Libre es quien lo solicita;
 quien su sangre, su reposo
 para serlo sacrifica.

¿Estais á ello dispuestos?

VOCES.

Sí.

CATANEO.

Ya en nuestras manos brilla
el vengativo puñal,
y arden los rostros en ira.

VOCES.

¡Libertad! ¡Independencia!

MASAN.

¡Ó Nápoles, patria mía!

Ya, en fin, entre las naciones
de ser contada eres digna.

CATANEO.

Vamos, pues... Mas aguardad.
Empresa tan atrevida,
si no quereis malograrla,
un caudillo necesita.

ARPAYA.

Mi voz nombra á Masanielo.

VOCES.

Masanielo, sí.

CATANEO.

Podria...

VOCES.

Él... él.

CATANEO.

(¡Cielos!)

MASAN.

De tal puesto
no rehusó las fatigas.
¿Me seguireis?

VOCES.

Donde quieras.

CATANEO.

(Al fin logró que le elijan.)

MASAN.

La torre, Catanéo, donde
las armas se depositan,
vé sin tardanza á ocupar.

Tú, Arpaya, antes que lo impidan,
corre al Mandraquio, y su pólvora
quede al pueblo repartida.

Tú, Genaro, con los tuyos
vé luego á Santa Lucía,
y haz que resuenen los ecos
de su campana temida.

CATANEO.

Marchemos.

ARPAYA.

Valor.

GENARO.

Audacia.

MASAN.

¡Ó suerte! sénos propicia.

Á la gloria.

CATANEO.

Á la venganza.

MASAN.

Viva la libertad.

VOCES.

¡Viva!

(*Cataneo, Arpaya y Genaro, seguidos cada uno de parte del pueblo, se van por distintos lados. Masanielo, con otra parte, se dispone tambien á marchar por diferente sitio, cuando ve venir al conde con el capitan.*)

ESCENA IV.

MASANIELO. EL CONDE. EL CAPITAN. PUEBLO.

CONDE. ¡Cobardes, y habeis huido! (*Al capitan.*)
Pues yo haré...

CAPITAN. Señor...

MASAN. ¿Qué veo?

¡El conde!

CONDE. Si en mi poder
no está hoy mismo Masanielo...

MASAN. ¿Lo buscas? Aqui lo tienes.

CONDE. ¡Traidor!

MASAN. Yo mismo me entrego.

Ven á prenderme, si lo osas.

VOCES. ¡Conversano! A él.

MASAN. Teneos:
nadie le ofenda... ¿Lo ves?
tu vida en mis manos tengo.

CONDE. Sabré morir con valor.

MASAN. Aún de que mueras no es tiempo,
que antes... Di... responde...

CONDE. ¡Ó rabia!

MASAN. ¿Dónde está Laura...? Di luego.

¿Dónde está Laura?

CONDE. Y acaso
¿de ella á tí responder debo?

MASAN. Una condicion te impuse:
¿la has cumplido...? Di.

CONDE. Altanero,
yo no admito condiciones
de...

MASAN. De tu hija ¿qué has hecho?

CONDE. Está donde tú jamas
vuelvas á verla.

MASAN. ¡Perverso!

¿Y osaste...?

CONDE.

Renunciar puedes
á ese amor que en torpe fuego
arde en tu vil corazon.

MASAN.

Ni aun sabrás dónde la llevo.

CONDE.

Lo sé; mas no lograrás,
conde, tu dañado intento.

MASAN.

¿Cómo, pues...?

CONDE.

Que aun no ha podido
tu hija salir del puerto,
y en breve...

MASAN.

¡Cielos!

CONDE.

La aguardo
aquí para tu despecho.

MASAN.

¡Infame! ¿Quién eres tú
para burlar los proyectos
de un padre...? Pronto el cadalso...

Soy quien hoy mismo, si quiero,
á tí, á todos los tuyos,
reducir á polvo puedo.

De vuestras vidas y haciendas

soy el absoluto dueño;
y soy, en fin, á quien todo

aquí se encuentra sujeto.

Si vivís, si respiráis,
es porque yo os lo concedo.

CONDE.

¿Qué escucho? Con tu pasión
sin duda has perdido el seso.

*(Se oyen voces del pueblo y el sonido de la campana
que toca á rebato.)*

MASAN.

¿Escuchas esos clamores?
Pues esa es la voz del pueblo.

¿Escuchas de esa campana
el son lúgubre y tremendo?

De la popular venganza,
son los terribles acentos,

que espanto y pavor infunden
en vuestros cobardes pechos.

Los esclavos se cansaron
ya de sufrir; y del suelo

alzan la abatida frente.

;

Temblad, tiranos.

CONDE. ¿Qué advierto?

¡Os osasteis rebelar!

MASAN. Jamas es rebelde un pueblo.—

Pero ¿no es ella?

CONDE. ¿Quién?

MASAN. Laura.

CONDE. ¿Qué dices? ¿Mi hija...? En efecto,
ella es.

ESCENA V.

DICHOS. LAURA. CAFIERO. MARINEROS.

(Salen Cafiero y los marineros trayendo á Laura.)

LAURA. Dejádme... ¿Dónde
me lleváis?

CAFIERO. No tengais miedo.
Seguidnos.

CONDE. ¡Padre infeliz!

MASAN. Con que al fin... (*A Cafiero.*)

LAURA. ¡Ah! Masanielo,
libértame de estos hombres
que espantan.

CAFIERO. (*A Masanielo.*) Ahí te la entrego.
Ya cumplí mi comision.
No, cuando en una me meto...

MASAN. Calma tu espanto, mi bien:
piensa que yo te protejo.

LAURA. ¡Ah...! Ya estoy... Pero ¿qué miro?
¡Mi padre...! ¡Cielos...! ¿Qué es esto?

CONDE. Esto es ser, ingrata hija,
un padre infeliz.

CAFIERO. Abuelo,
¿estais tambien con nosotros?
Voto á crivas, que me alegro.
¡Qué aprension! ¡Tan linda moza
quererla mandar tan lejos!—
¡Mira que si me descuido...! (*A Masanielo*)
Ya iba andando por el puerto
el falucho... Pero ¿qué hago?
Junto amigos... de los buenos.

Al agua... Dámosle caza...
 Al fin, á fuerza de remos
 le alcanzamos... Zafarrancho,
 abordaje... No hay remedio...
 Sacamos nuestros cuchillos...
 A este quiero, á este no quiero...
 La presa es nuestra... Ahí está.
 Se hizo el negocio, y laus deo.

MASAN. ¡Insigne amigo...! Señor,
 ya lo veis: hoy mis derechos
 puedo sostener... A Laura
 hora en mi poder conservo.

CONDE. ¿Y osarás quitar, malvado,
 á un padre su hija?

MASAN. Debo
 de vuestro furor librarla;
 mas solo hallará respeto,
 sumision... Pero ¿qué gritos?
 De santo entusiasmo llenos
 todos acuden... Miradlos.
 ¡Ó espectáculo soberbio
 el de un pueblo que á ser libre
 renace de entre sus hierros!

ESCENA VI.

DIGNOS. CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

(Sale el pueblo armado con arcabuces, lanzas, y toda clase de armas.)

CATANEO. Por fin, las armas son nuestras.
 Vengan, vengan los perversos;
 conocerán lo que puede
 de hombres libres el esfuerzo.
 Mira, Masanielo, mira
 cómo presuroso el pueblo
 corre á defender la patria
 mostrando noble ardimiento.
 Ni uno hay que sordo se muestre
 de nuestra voz á los ecos.

MASAN. Sí, nuestra empresa gloriosa
 protejen los justos cielos.

CATANEO. Pero ¿qué miro? ; A tu lado
ese infame, y no le has muerto!

MASAN. ¿Qué dices, Cataneo?

CATANEO. Amigos,
llegó por fin el momento
de que empiece nuestra saña
á dar terribles ejemplos.
En sangre de los tiranos
bañemos nuestros aceros.
Ahí teneis uno, el mas digno
del odio, del furor nuestro.
Muera.

VOCES. ; Muera!

LAURA. ; Ó Dios!

CONDE. (*Desenvainando la espada.*) ; Infames!

MASAN. ; Ah! tened... Yo le defiendo.

CATANEO. ; Tú?

MASAN. Yo... En la lid mi valor
mostrar peleando quiero;
mas no con asesinatos
manchar tan noble alzamiento.

CATANEO. ¿Qué importa? Yo al enemigo
mato do quier que le encuentro.
Defiéndase si lo puede;
si no puede...

LAURA. Masanielo,
¿permitirás que á mi padre...?

MASAN. No, vive Dios; que primero
pereceré... Respetad
al vencido, al indefenso.

CATANEO. Aniquilad al malvado.
Sirva su muerte de ejemplo.

VOCES. Sí... sí.

OTRAS. Su sangre.

OTRAS. Su sangre.

MASAN. Pues bien, bárbaros, detesto
vuestro furor... Sois indignos
de ser libres... Buscad luego
otro caudillo que os guie
á la matanza, al incendio.
¿Es esto lo que buskais?

¿Libertad llamais á esto?
 Renuncio este puesto horrible
 si he de guardarlo á tal precio.
 A hombres libres, generosos,
 valientes, mandar pretendo:
 no á cuadrillas de asesinos
 que abómino, que desprecio.

CATANEO. ¿Qué os deteneis...? Dad oídos
 á esos viles sentimientos,
 dejad impunes los crímenes
 de los tiranos soberbios,
 y en breve con nuevo yugo
 sujetarán nuestros cuellos.
 ¿Os pretenden generosos?
 Como ellos lo eran sedlo.

ARPAYA. Sí, venganza.

GENARO. Es necesario
 que justos hoy nos mostremos.

CAFIERO. Justos, sí: por eso estoy:
 la justicia es lo primero.
 Pero acogotar á un hombre
 sin mas forma de proceso,
 ¿se llama acaso justicia?
 No... Pues oid lo que pienso.
 No le matemos ahora.

CATANEO. ¡Cómo!

CAFIERO. Que muera deseo;
 pero con pompa, de un modo
 solemne, para escarmiento
 de los suyos.

MASAN. ¿Qué pretendes?

CAFIERO. (*Bajo.*)
 Déjame á mí.— (*Alto.*) Sí, formemos
 un solemne tribunal
 donde juzguemos al reo:
 sentencia al canto, y despues
 á la horca... ¿Es buen proyecto?

VOCES. Sí... sí... á juzgarle.

MASAN. ¿Qué haces? (*Bajo.*)

CAFIERO. Salvarle: no hay otro medio. (*Id.*)

MASAN. Mas...

- CAFIERO. Salgamos del apuro,
y démosle tiempo al tiempo.—
¿Con que estamos? (*Alto.*)
- CATANEO. En buen hora.
- CAFIERO. ¿Y tú? (*A Masanielo.*)
- MASAN. Tambien lo consiento.
- LAURA. Que permitas... (*A Masanielo.*)
- MASAN. Nada temas:
defenderle te prometo.
- CAFIERO. Pues, conde amigo, paciencia.
Yo os lo mando: daos preso. (*Le desarma.*)
- MASAN. Bien, compañeros: ahora
sois dignos ya de mi aprecio.
Pero la patria nos llama;
á libertarla marchemos.
- (*Arranca una de las banderolas que adornan las
tiendas.*)
- Esta bandera será
vuestra guia... Cuando el fuego
arda de la lid, miradla,
que donde esté el mayor riesgo,
alli del triunfo y la gloria
vereisla abrir el sendero.
- VOCES. Marchemos.
- (*Vanse todos siguiendo á Masanielo. Cataneeo se queda
atras, y llama aparte á Genaro.*)
- CATANEO. ¿Viste, Genaro,
cuál quiso salvarle?
- GENARO. Cierto
que es extraño...
- CATANEO. ¿No sospechas
algun oculto misterio?
- GENARO. Yo...
- CATANEO. Hay uno.
- GENARO. ¿Cuál?
- CATANEO. Sabraslo.
Mas ven, calla, y observemos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una carcel. La puerta de entrada en en el fondo: otras á los lados. A la derecha del actor, mesa y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. CAFIERO.

CAFIERO. **S**alid, conde... En esta pieza podreis respirar mejor.

CONDE. Gracias. *(Se sienta junto á la mesa.)*

CAFIERO. ¡Oh! no quiero ser un carcelero feroz.
¡Carcelero! Mal he dicho.
¡Yo tan ruin empleo! No; de estas cárceles ahora me llamo gobernador.

¡Ay, amigo, hemos medrado!

CONDE. Eso bien lo creo yo.

CAFIERO. Y ¿á qué, para no ganar, hacer la revolucion?

CONDE. ¡Pues!

CAFIERO. Algo me ha de valer ser héroe y libertador de la patria.

CONDE. ¡Oh! sí... ¡la patria!

CAFIERO. ¡La patria! ¡qué dulce voz! Sobre todo si en su nombre mejoro de condicion.

CONDE. Sois franco á lo menos.

CAFIERO. Claro: jamas á mí me pasó por la cabeza esa cosa de libertad y... Señor,

¿qué mas libre, si yo hacia
 mi gusto en toda ocasion?
 Lo que yo quiero es dinero.
 ¡Oh! y este, gracias á Dios,
 no ha de faltarme... Es verdad
 que tambien cuesta... ¡Qué atroz
 pelea! ¡Si hubierais visto!
 ¡Qué tiros! ¡qué confusion!
 Los malditos alemanes
 son fieras; gente feroz.
 Ellos serian doscientos
 y nosotros un millon:
 no importa, firmes que firmes;
 ¡luchando con un valor!
 Pero tambien Masanielo
 se portó como un leon.
 Si no es por él se lo lleva
 todo la trampa. ¡Qué ardor!

CONDE. Y ¿á qué me contais á mí...?

CAFIERO. Estas son nuevas que os doy.
 Como estais preso, imagino
 que en ello os hago un favor.

CONDE. Bien, decid.

CAFIERO. Por fin, triunfamos.

CONDE. ¿Y el virey?

CAFIERO. Le perdonó
 Masanielo... Hizo muy bien,
 que al cabo es un buen señor;
 mas que nuestros privilegios
 restableciese exigió.

No sé de dónde han sacado,
 para que ahora les dé el sol,
 unos pergaminos viejos.

¡Pamplinas todas! Yo estoy
 siempre por lo positivo.

Es verdad que él ya sacó
 un buen empleo: sabed
 que Tomas el pescador
 es capitan general.

CONDE. ¿Os burlais?

CAFIERO. De veras. ¡Oh!

bien lo merece... Le han puesto,
muy lleno de relumbron,
un magnífico vestido
que está...— Mirad, tambien yo
me he engalanado... Por fuerza:
ya somos hombres de pró.

CONDE. Y ¿solo el ser de una carcel
alcaide sacásteis vos?

CAFIERO. Esto es interino: luego...
Al pronto la ocupacion
no era grande... Ya se ve,
el pueblo á todos soltó,
hasta al que estaba en capilla.

CONDE. ¿Tambien?

CAFIERO. Toma, y con razon:
se ha portado en el combate
como un Roldan.

CONDE. ¿Con que soy
el único ahora...?

CAFIERO. ¡Qué!
Luego otra vez se llenó
la carcel.

CONDE. ¿Cómo?

CAFIERO. ¡Qué gente!

Es toda de lo mejor
de Nápoles... duques, condes...
muy brillante reunion.

CONDE. ¡Dios!

CAFIERO. No os avergonzareis

de tratarlos, eso no.

Pero ¡ay cielos! ¡qué cabeza!

Si con la conversacion
se me olvidaba... Teneis
una visita.

CONDE. ¿Quién?

CAFIERO. Voy...

¡Y me estaba...! ¡Pobrecita!

Entrad... Vedle alli... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE. LAURA.

LAURA. ¡Padre!

CONDE. ¿Qué miro...? ¿Tú aquí?
Hija culpable, y ¿aún osas...?
Aparta, vete... Tu vista
todo mi furor provoca.

LAURA. Señor...

CONDE. Aparta, te digo,
causa vil de mi deshonra.LAURA. ¡Con tal crueldad tratais
á una hija que os adora!CONDE. ¿A qué vienes, dime? ¿Acaso
á insultarme?LAURA. Vuestra cólera
os ciega, señor... Venia...
ya veo que se equivoca
mi amor... á daros consuelos.CONDE. ¡Consuelos tú, tú, traidora,
que á tu padre y á tu rey
osaste vender!

LAURA. ¡Yo!

CONDE. Goza
de tu perfidia.LAURA. Señor...
¡Ah! mi voz el llanto ahoga!CONDE. Llanto hipócrita... No pienses
con él engañarme ahora.
Vé, te maldigo.LAURA. ¡Perdon! (*Se echa á sus pies*)CONDE. Alza, y deja que me esconda
do nunca te vuelva á ver.LAURA. No... Vuestra piedad implora
esta infeliz... perdonadme...
¿cuándo un padre no perdona?
¿No soy vuestra hija ya,
vuestra Laura, vuestra gloria,
vuestro embeleso...? Acordaos
del amor...

CONDE.

¡Cruel memoria!

Sí, ingrata, tú eras mi bien,
mi delicia... ¡Cuántas horas
en dulce filial cariño
corrí apacibles, dichosas!
¡Ah! ¡el recuerdo de aquel tiempo
este corazón destroza!

LAURA.

Por fin...

CONDE.

Y bien, ¿qué me quieres?

Ya lo ves, una mazmorra
es la mansión de este anciano
que el peso del tiempo agobia.
En breve tal vez me espera
muerte infame, deshonrosa...
¿Por quién...? Por ese perverso
que tú seducida adoras;
hombre vil que á un triste padre
el bien mas precioso roba.

LAURA.

¿Qué decís...? Pues ¿no le visteis
contra una turba furiosa
defenderos? Si vivís
¿no es por él?

CONDE.

Y ¿qué me importa,

si estos días mas de vida
un vil cadalso los compra?

LAURA.

No lo temáis... Masanielo
os salvará.

CONDE.

Te equivocas:

ni aun él mismo lo podrá.

LAURA.

¿No?

CONDE.

Inocente, ¿acaso ignoras
que al furor de todo un pueblo
dique no hay que se le ponga?
¡Ah! Cual yo no le habeis visto
mover y calmar las olas
de ese pueblo que á su voz
enmudece ó se alborota.

LAURA.

Su noble ardor, su elocuencia
prendan, cautivan, asombran:
no es hombre, es una deidad
que todos ciegos invocan,

- y ante su absoluto imperio
los mas osados se postran.
- CONDE. El pueblo sigue obediente
al que halaga su ira loca ;
mas ósele resistir ,
y el ídolo se desploma.
- LAURA. ¡ Ay cielos ! ¿ Será verdad ?
- CONDE. Incauta , mira tu obra.
Este el fruto es de tu amor :
tú , seducida , sin honra ;
yo , muriendo en un cadalso ;
sumergida en sangre toda
esta opulenta ciudad .
que ardientes llamas devoran ;
tu rey , tu patria vendidos...
Llora , desdichada , llora.
- LAURA. Sí... ya lo veo , y horribles
remordimientos me acosan.
- CONDE. Pues todo te lo perdono ,
hija , si en tu pecho ahogas
esa funesta pasion.
- LAURA. Yo... señor...
- CONDE. ¿ Dudas ?
- LAURA. Penosa
obligacion , imposible.
- CONDE. ¿ De amarle no te sonrojas ?
- LAURA. Debo olvidarle... lo quiero...
mas mi corazon le adora.
- CONDE. ¡ Ilusa !
- LAURA. Mandad que muera ;
á dar la vida estoy pronta ;
¡ pero olvidarle... ! jamas.
- CONDE. ¿ Eso me dices , traidora ?
- LAURA. Esta pasion me avasalla ,
me confunde , me trastorna ,
y solo al pensar en él
las fuerzas ¡ ay ! me abandonan .
Por todas mis venas siento
correr ardiente ponzoña ,
que embriagando mis sentidos ,
el alma y razon me roban .

¡Olvidarle yo, Dios mio!
 Si eso dijera mi boca,
 mintiera, señor, mintiera.
 ¡Ah! no me mandeis tal cosa.
 ¡Ó flaqueza!

CONDE.

LAURA.

Cuando un pueblo
 hoy sus virtudes pregoña,
 y al poder que Dios le diera
 la arrogante cerviz dobla,
 ¿cómo una triste muger
 quereis que resista sola?

CONDE.

Bien está... quiérele, ingrata:
 ya sé que en tu alma alevosa
 mucho mas que un tierno padre
 un indigno amante importa.

Cuando él me mande matar...

LAURA.

No... Vuestra vida aun á costa
 de la suya salvará.

Cuán preciosa me es no ignora,
 y que nadie en este mundo
 hay á quien yo la anteponga.

Si burlase mi esperanza,
 si vos... ¡ó idea horrorosa!

á pesar de esta pasion
 que todo mi ser destroza,
 eterno aborrecimiento
 le declaro desde ahora.

Mas necio temor... jamas...

CONDE.

¡Cielos! ¡él es! (*Viendo entrar á Masanielo.*)

LAURA.

¿Qué os asombra?

Quedaos... Tal vez sus labios
 disipen nuestra zozobra.

ESCENA III.

LAURA. EL CONDE. MASANIELO.

LAURA. ¡Ah! Masanielo...

MASAN.

¡Laura! ¡Cuál tus ojos
 anublan hoy, mi bien, crudos pesares!

LAURA. ¿Lo estrañas?

- MASAN. No... conozco...
- LAURA. Di, ¿no es cierto que ningun riesgo aqui corre mi padre?
- MASAN. ¿Puedes dudarle? Qué, ¿yo consintiera...?
- LAURA. ¿Lo oís? ¡Ah! respirad. (*Al conde.*)
- CONDE. Pero...
- MASAN. Aqui nadie la vida vuestra amenazar osara. Yo la defiando, yo.
- LAURA. No en vano, ó padre, confianza tuve en él.
- MASAN. Agravio fuera de ello, Laura, dudar un solo instante. Cálmate, pues... Calmaos.
- CONDE. En mi pecho jamas el vil temor pudo abrigarse.
- MASAN. Bien... Pero oid... Una palabra os diera, y la vengo á cumplir. Esto me trae.
- CONDE. ¡Una palabra!
- MASAN. Sí... Cuando una noche allá en vuestra mansion...
- CONDE. ¡Y recordarme osas, traidor...!
- MASAN. ¡Traidor...! Yo os lo suplico, moderad por ahora ese lenguaje.
- CONDE. ¡Tu prisionero soy...! Sí, razon tienes.
- MASAN. Hijo vuestro, señor, mas bien llamadme.
- CONDE. ¡Tu padre yo!
- MASAN. Me acuerdo... Vuestro orgullo cuando osado os propuse tal enlace se estremeció de horror... De vuestra casa cubierto de ignominia me arrojásteis... Mas tambien, recordadlo, os dije entonces que á pedir otra vez un bien tan grande en breve volvería... Ved: ya he vuelto.
- CONDE. ¿Y en mi desgracia vienes á insultarme?
- MASAN. No es un vil pescador, no es un villano, ese hombre á vuestros ojos despreciable, el que hora intenta unir su sangre innoble de altivo prócer á la ilustre sangre: es el gefe de un pueblo, el que ha triunfado

de esos soberbios nobles arrogantes,
 el que los mira, desde el alto alcázar,
 caer vencidos en obscura carcel,
 y á no ampararlos con su fuerte escudo,
 viera en su sangre vil tintas las calles.

Es el señor de Nápoles ahora,
 ante quien todos la cerviz abaten,
 y al que para ser rey solo le falta
 que el cetro á recoger quiera bajarse.
 Os prometí, señor, ennoblecerme:
 ved si Tomas Aniello ofrece en balde.

ONDE. Pues con ese poder de que blasonas,
 aun mas ahora te desprécio que antes.

Humilde pescador, te perdonara:
 horror me causas ya, rebelde infame.

ASAN. ¡Rebelde yo!

ONDE. Rebelde, sí, lo dije:
 con tus iras no pienses me retracte.

ASAN. ¡Rebelde...! ¿Y contra quién...? ¿Hay por ventura
 quien con justo derecho aqui nos mande?
 Si un tiempo el español nos conquistara,
 la fuerza con la fuerza se deshace;
 y no es rebelde, ni traidor, un pueblo
 que recobrar su independéncia sabe.

ONDE. La conquista dos siglos legitiman.

ASAN. Mas oprobiosa esos dos siglos la hacen.

ONDE. No te envanezca un triunfo pasagero:
 pronto castigo el rey mandará darte.

ASAN. ¡Felipe...! ¿Ese monarca afeminado,
 que en ocio torpe adormecido yace,
 y entre jardines, en dorado alcázar,
 ve con mirar estúpido, cobarde,
 al son de fiestas que un privado inventa
 su dilatado imperio desplomarse?

Temiera yo cuando potente en armas,
 leyes al mundo el español triunfante:
 le dictaba do quier: mas ¿qué se hizo
 el temido coloso? Un vano alarde

quiere hacer de sus fuerzas, y postrado
 rinde el mustio laurel á sus rivales.
 Hoy le vence el francés; Holanda libre,

al que fue su señor cubre de ultrajes;
armado el catalan, en sus montañas,
contra el yugo opresor firme combate;
y Portugal feliz, rompiendo el yugo,
nuevo trono en su suelo mira alzarse.
Si esos pueblos nos dan tan noble ejemplo,
¿no podremos hacer lo que ellos hacen?
¿Será fuerza lidiar...? Pues bien, lidieemos;
Europa así nos mirará mas grandes.
Tras larga esclavitud, debe la gloria
con valerosos hechos rescatarse;
y si fuerte ha de ser, honrosa, eterna,
se ha de comprar la libertad con sangre.

CONDE. Con sangre, sí... pero ¿qué sangre? ¡ó cielos
¿Si solo la estrangera derramasen!
Pero otra de mas precio, mas copiosa,
el suelo tiñe de los patrios lares.
¿Independencia...! ¿libertad...! ¿Ó nombres
á cuyo son los corazones laten!
¿será que siempre de ambiciosos tigres
las pestíferas bocas os profanen?
¿Qué llamas libertad, hombre insensato?
¿Es alzarse del polvo tus iguales,
y en las sillas que ocupa el poderoso,
mas insolentes, á su vez sentarse?
¿Es trocar los andrajos, cual te miro,
por ese rico y esplendente trage;
y vuestra hambre aplacar en nuestras mesa
hartos ya de matanza y de pillage?
¿Es acaso insultar antiguos timbres,
nombres que veneraron las edades,
cubrir las plazas de sangrientos troncos,
palacios incendiar gloria del arte;
y mentida igualdad apellidando,
proclamar el imperio del alfange?
¿Ventura sin igual! Los buenos tiemblan,
se ocultan ó perecen... los infames
marchan la frente erguida: son ministros
de la santa justicia los puñales:
no hay leyes, no hay honor: plebe furiosa
dicta con el cañon sus voluntades;

y cuando en el temor todo enmudece,
¡oh! entonces somos ya libres y grandes.

MASAN. Abomino, cual vos, tales escesos;
mas pueden, si quereis, hoy remediarse.

CONDE. ¿Cómo?

MASAN. Sed nuestro.

CONDE. ¿A proponer te atreves...?

MASAN. Que su gefe, señor, el pueblo os llame.

CONDE. Jamas.

MASAN. Pues si os negais á conducirlo,
¿á qué estrañar que su furor le arrastre?
La senda le trazad: dadle los brazos,
y en ellos le vereis luego arrojarse.
Nuestra causa es comun... De independenciam
¿quién á la voz habrá que no se inflamé?
Nobles, plebeyos, si la patria sufre,
unan para salvarla sus afanes.

Vos habeis menester la fuerza nuestra,
vuestro saber nosotros... Al combate
nuestros brazos guiad... Lá prenda sea
de tan feliz alianza nuestro enlace:
paz, reconciliacion, juremos todos,
al jurarnos amor en los altares;
y al ver tan firme union, tan alto esfuerzo,
nuestros tiranos temblarán cobardes.

AURA. Sí, padre, oidle, sí: mirad sus ojos
de patriótico ardor brillar radiantes:
ese entusiasmo ved, que engrandeciendó
su ser, á una deidad igual le hace.
No hay duda, vencereis, y agradecida,
la patria os deberá sus libertades.
¡Oh! ¿qué gloria, qué timbres habrá entonces
que á su alta gloria y su blason igualen?
Do quiera el pueblo entusiasmado al verle
benedicirá su nombre cuando pase;
padre, libertador, gritando alegre,
le cercará de palmas triunfales;
y ¿dó habrá una familia que en su seno
de admitir á tal héroe no se ufane?
Cuando á su lado caminar me miren,
y su esposa, su bien, feliz me llame,

:

de Nápoles vereis á las mas bellas
encarecer mi dicha y envidiarme.

CONDE. Ilusos: ¡ah! callad... Esos designios
fantasmas son que desvanece el aire.
Tú renuncia un amor que te envilece,
que nunca lograrás: tú, miserable,
en vano aqui de una virtud estéril
pretendes hora hacer pomposo alarde:
esa misma virtud, si es que la tienes,
á tu ruina mas pronto ha de llevarte.
¿De un tribuno cual tú la suerte ignoras?
Apréndela de mí, si no la sabes.
Ó dejas que terribles se desborden
cual torrente las iras populares,
ó tiempo llegará que al contenerlas
á tí tambien sus ímpetus te arrastren;
y de ese trono efímero arrojado,
con muerte horrible tus delitos pagues,
aplastando tu frente con su planta,
la plebe ingrata y vil que libertaste.
Sábelo, pues; y ten por mas seguro
este mi vaticinio que tus planes.

LAURA. ¡Ah! ¿qué decís, señor...?

CONDE. Basta... Acabemos.

Sal ya de mi presencia.

MASAN. No... Dejádme...

Mas ¿quién nos interrumpe?—¡O Dios! ¡Cataneo!

LAURA. Me llena de terror su cruel semblante.

ESCENA IV.

DICHOS. CATANEO.

CATAN. (*Aparte al entrar.*)

(¡Juntos estan, vivé Dios!)

MASAN. ¿Y bien?

CATANEO. Necesito hablarte.

MASAN. Di, pues.

CATANEO. Ha de ser aparte;

haz que salgan estos dos.

MASAN. Señor... (*Al conde.*)

CONDE. A Dios.
 LAURA. Permitid
 vaya con vos, padre mio.
 Masanielo, en tí confio.
 MASAN. No temas... Tranquilos id.
 (*Vanse Laura y el conde.*)

ESCENA V.

MASANIELO CATANEO.

MASAN. Habla ahora.
 CATANEO. El tribunal
 me envía...
 MASAN. ¿Ya se ha juntado?
 CATANEO. Y su fallo ha pronunciado.
 MASAN. ¡Tan pronto! ¡Ó Dios! ¿Cuál es, cuál?
 CATANEO. La muerte.
 MASAN. ¡La muerte!
 CATANEO. Sí.
 MASAN. ¡Viven los cielos...!
 CATANEO. ¿Lo estrañas?
 MASAN. No puede ser... tú me engañas.
 CATANEO. Mira la sentencia aqui.
 MASAN. ¡Traidores! ¿pues no sabeis
 que yo libertarle quiero?
 CATANEO. Sí; mas la patria es primero.
 MASAN. ¿Y lo que á mí me debeis?
 CATANEO. ¿A tí?
 MASAN. ¿Negarlo osarás?
 CATANEO. Lo que tú has hecho, eso hicimos;
 y pues gefe te quisimos,
 bien pagado de ello estás.
 MASAN. Sin mi voto esa sentencia
 no puede cumplirse.
 CATANEO. No:
 por eso la traigo yo.
 Fírmala, pues.
 MASAN. ¿Qué insolencia!
 ¿Te has atrevido á creer...?
 CATANEO. Que olvidando pasion necia,

quien de patriota se precia
cumplirá con su deber.

MASAN. Deber horrible.

CATANEO. Sagrado.

¿Firmas?

MASAN. No.

CATANEO. ¿Y esa respuesta
daré al tribunal?

MASAN. Sí, esta.

CATANEO. Bien está: yo le diré
que esclavo de un vil amor,
Masanielo es un traidor
sin patriotismo, sin fé.

MASAN. ¿Cataneo, gracias le da
de que soy tu amigo al cielo!

CATANEO. Donde pérfidos recelo,
amigos no veo ya.

MASAN. ¿Yo pérfido!

CATANEO. ¿No lo eres?

Dame la prueba al instante,

MASAN. ¿Que al padre, yo, de mi amante
dé muerte, bárbaro, quieres?

CATANEO. La patria manda, obedece.

MASAN. ¿La obedecieras tú, di?

CATANEO. ¿Quién puede dudarle? Sí:
todo á su voz enmudece;
y cuando airado la vengo,
haciendo justos castigos,
entonces ni amor, ni amigos,
ni hermanos, ni padres tengo.

MASAN. Pida mi sangre: gustoso
cuanta tengo, se la doy.

CATANEO. Otra sangre pide hoy.

MASAN. Es sangre de los vencidos.

CATANEO. De sus tiranos.

MASAN. Lo fueron,

CATANEO. Aun podrán, pues no murieron,
serlo otra vez.

MASAN. Abatidos,
si somos fuertes y honrados,
la frente ya no alzarán.

- CATANEO.** Mas seguros estarán
en el sepulcro encerrados.
- MASAN.** Bárbaro, no he de manchar
tan vilmente mi victoria:
yo me armé para la gloria,
mas no para asesinar.
Vé, tus furoros son vanos.
Y ¿me hablas de patria, fiera?
No, la patria no venciera
para mudar de tiranos.
¿Qué importa, si sufre, quién
de su mal es la ocasion?
Infames, si nobles, sou,
y si plebeyos, también.
- CATANEO.** Y entonces, ¿á qué vencimos?
¿Para que malvados seres
sigan nadando en placeres
mientras nosotros sufrimos?
¡Ó gran generosidad!
¿Es este el cambio dichoso?
¿Es este el fruto precioso
de la ansiada libertad?
¡Gloria, honor, palabras bellas!
Mal nos conoces, Anielo,
si piensas que nuestro anhelo
se satisface con ellas.
Caigan los viles: ya es hora
de saciar nuestras venganzas:
ahogemos sus esperanzas
hoy en su sangre traidora.
Que en ella tintos nos vean
disfrutando sus festines:
sus tesoros, sus jardines,
sus palacios nuestros sean.
Y llámenos inhumanos;
que al contemplar tal furor,
estremecidos de horror
se ocultarán los tiranos.
- MASAN.** Si el pueblo cual tú pensara,
lejos de ser su caudillo
quisiera que atroz cuchillo

el pecho me traspasara ;
 que mi alma , gracias al cielo ,
 no es feroz cual tú quisieras ,
 ni para mandar á fieras
 ha nacido Masanielo .

CATANEO. Si esa alma es débil , mezquina ,
 si te falta corazon ,
 el gefe , tienes razon ,
 no eres que Dios nos destina .
 Cuando esta hazaña emprendiste
 consultáras tu valor :
 ¿entre ternuras y amor
 que se alcanzára creiste ?
 Vé , no pretendas mandar
 á hombres de alma y brazo fuerte :
 renuncia tan alta suerte ,
 conténtate con amar .
 La muger que te embelesa
 vé á gozar lejos de aqui ;
 que no faltará , sin tí ,
 quien dé cima á tanta empresa .

MASAN. Ese serás tú .

CATANEO. Quizás .

MASAN. Doy al pueblo el parabien .

CATANEO. Y qué , ¿ no podré tambien... ?

MASAN. El héroe suyo serás .

CATANEO. Terminemos la pendencia .
 ¿ Nuestro gefe quieres ser ?
 El conde ha de perecer .
 Aqui tienes su sentencia :
 pon tu firma .

MASAN. No la pongo :
 lo he dicho ya .

CATANEO. Loco estás :
 mira que á perderte vas .

MASAN. Mi fama á todo antepongo .

CATANEO. Por tu bien esperaré .
 Quede aqui el fallo : un momento
 que en ello pienses consiento .
 A Dios... Pronto volveré .

(Deja la sentencia encima de la mesa , y vase.)

ESCENA VI.

MASANILO, solo.

MASAN. Vuelve, sí... vuelve, hombre atroz,
que lo mismo le has de hallar...
Y ¡que me ose amenazar
este bárbaro feroz!
¡Ah! Su mirar altanero
demuestra que harto confía...
Y ¡yo el juguete sería
de su maldad...! No, primero...
Mas tiene razon... airado
el pueblo... ¡Y bien...! ¿No soy yo
su gefe? ¿A qué me eligió?
¿Para obedecer postrado
sus pasiones...? ¡Dios! ¿será
que en su horrible profecía
el conde verdad diría?
¡Esto de mí se querrá!
¡Yo verdugo...! ¡Ah! pierdo el tino.
Pues qué, ¿no se ha de poder
de la patria amante ser
sin ser tambien asesino?
Mas si lo manda... si es cierto
que su salvacion, su honor...
¿entre ella y un torpe amor
podré vacilar incierto?
Aunque es horrible suplicio,
aunque me cueste el morir,
¿no es forzoso consentir
por ella este sacrificio?
No, no: tamaña maldad
la patria jamas consiente:
do el crimen alza la frente
no hay patria, no hay libertad.
Pues bien, firmeza mostremos:
es mi causa noble, santa,
y ese furor no me espanta.
Para probarlo, rasguemos...

*(Toma la sentencia y hace ademan de irla á romper.
Sale Casfiero precipitadamente y le detiene.)*

ESCENA VII.

MASANIELO. CAFIERO.

- CAFIERO. ¿Qué haces?
- MASAN. Rasgo este papel.
- CAFIERO. Por Dios, no hagas tal bobada.
- MASAN. ¿Si supieras...?
- CAFIERO. Lo sé todo:
de referírmelo acaba
Cataneo.
- MASAN. ¿Y puedes, Cafiero,
aconsejarme...?
- CAFIERO. Yo nada
te aconsejo... El lance, amigo,
es apurado... La trampa
se lo lleva todo si...
- MASAN. No he de consentir tal mancha.
- CAFIERO. No.
- MASAN. Es un crimen.
- CAFIERO. Una infamia.
- MASAN. Horrible.
- CAFIERO. Atroz.
- MASAN. Que estremece.
- CAFIERO. Que aterroriza, que espanta.
- MASAN. Que no puedo consentir,
y primero me matara.
- CAFIERO. Eso no; que antes...
- MASAN. ¿Qué dices?
Tú tambien...
- CAFIERO. ¡Diablos! es chanza
hartó pesada el morir;
y...
- MASAN. ¡Cobarde!
- CAFIERO. ¿Yo? ¡Caramba!
Eso de cobarde... Cuando
saqué á Laura de las garras
de aquella gente... Pues digo,
despues en la gran batalla
bien viste como... Quien hace
aquello, no es ningun mandria.

Cabalmente me perezco
por andar á cuchilladas.

MASAN. Sí, pero...

CAFIERO. Yo te diré.

Me intereso por tu Laura
y su padre... No por ellos,
que él al fin es un canalla,
sino por tí... Yo bien sé
hasta dónde un amor raya,
y... vamos, es fuerte trago
para quien de veras ama.

MASAN. ¡Buen Cafiero!

CAFIERO. Bueno, sí;
pero nada se adelanta
con eso... Es preciso ver...

MASAN. Mi resolución tomada
tengo ya.

CAFIERO. ¿Cuál?

MASAN. La firmeza
en esta ocasion me valga.
Me presento al tribunal,
le echo su crueldad en cara,
rompo ante él esta sentencia,
y con valor...

CAFIERO. ¡Patarata!
¿Remedios heróicos...? Vamos,
tu cabeza está tocada.

¿No adviertes que te perdieras
sin que á los otros salvaras?
Buenos son ellos... Harán
alguna barrabasada
contigo, y despues al conde
matarán, y á su hija.

MASAN. ¿Qsaran...?

CAFIERO. Y á cien hijas que tuviera;
sí, que se paran en barras.

MASAN. Pues hagan lo que quisieren,
salvo á lo menos mi fama.

CAFIERO. Bien, pero antes... Más que fuerza
aquí se requiere maña.
¡Qué idea...! sí... sí... ¡famosa!

Y ¡yo que no me acordaba!

MASAN. ¿De qué?

CAFIERO. Ya está libre el conde.

MASAN. ¡Libre!

CAFIERO. Sí.

MASAN. ¿Libre! ¿Me engañas?

CAFIERO. Libre, digo.

MASAN. ¡Ó dicha! ¿Es cierto?

¿Él...? ¿Cómo...? Di... Vamos, habla.

CAFIERO. Firmarás ese papel.

MASAN. ¡Yo!

CAFIERO. La firmarás.

MASAN. Me estraña

que pretendas...

CAFIERO. Firmarás.

MASAN. Nunca.

CAFIERO. Dale, ¡qué machaca!

Firmarás.

MASAN. No.

CAFIERO. Firmarás.

¡Cuando Cafiero lo manda!

MASAN. Pero...

CAFIERO. Dime: á mi custodia

¿no está ahora confiada

la carcel?

MASAN. ¿Y qué?

CAFIERO. Pues bien:

tú firmas...

MASAN. Hombre...

CAFIERO. Cachaza.

Ellos se ponen contentos;

y luego, mientras preparan

el suplicio, saco al conde

callando, y salto de mata.

Vienen, ven que ya escapó

el pájaro de la jaula.

Rabian, gritan, alborotan,

arman terrible asonada;

nos siguen... échale un galgo:

listos serán si me alcanzan.

Tú entre tanto los sosiegas:

la cólera se les pasa:
nosotros estamos libres,
tú servido, y santas pascuas.

MASAN. ¡Ó amigo noble y leal!
¡Cuánto te debo!

CAFIERO. Sí, abraza.
Pero has de firmar, ¿entiendes?

MASAN. Sí, sí.

CAFIERO. No andemos con chanzas.
¿Lo prometes?

MASAN. Lo prometo.

CAFIERO. ¡Cuidado con la palabra!

MASAN. Me cuesta disimular;
pero...

CAFIERO. Que vienen: aparta.

ESCENA VIII.

DICHOS. CATANEO. ARPAYA. GENARO. JUECES.

CAFIERO. Sí, amigo... Este sacrificio
exige de tí la patria:
toda otra voz enmudece
si su santa voz nos habla.
¡Ah! compañeros, venid;
que Masanielo os aguarda
pronto ya á cumplir gustoso
cuanto su deber le manda.

CATANEO. Impaciente por saberlo,
el tribunal me acompaña.
¿Es cierto lo que me anuncia?

(A Masanielo.)

MASAN. Sí.

CATANEO. ¿Luego ya está firmada
la sentencia?

MASAN. No lo está.

CAFIERO. Vuestra presencia esperaba
para hacerlo.

MASAN. Voy al punto.

(Se acerca á la mesa y se sienta.)

CATANEO. Mucho extraño esta mudanza.

¿Cómo es que...?

CAFIERO. Le he convencido.

CATANEO. ¿Tú?

CAFIERO. Sí, yo... ¡Jesus, qué cara!

ESCENA IX.

DICHOS. LAURA.

LAURA. Masanielo...

MASAN. ¡Laura! ¡cielos!

CAFIERO. Esta es otra que bien baila.

¿A qué vendrá...?

LAURA. Mas ¡qué miro!

Estos hombres...

CAFIERO. La malvada

lo viene á echar á perder.

LAURA. ¡Ah! sus miradas me espantan.

Masanielo.

MASAN. ¡Ó Dios!

LAURA. ¿Qué es esto?

¿Tiemblas?

MASAN. ¡Yo!

LAURA. ¿Qué tienes?

MASAN. Nada.

LAURA. Algo te turba.

MASAN. No creas.

(*Cafiero se coloca entre los dos. Aparta á Laura y luego se acerca á Masanielo.*)

CAFIERO. Una friolera.— Vaya, valor.

MASAN. No puedo.

CAFIERO. Por Dios.

Mira...

MASAN. Las fuerzas me faltan.

CAFIERO. ¡Estamos frescos! — Señora, un negocio de importancia...

CATANEO. Marchaos. (*A Laura.*)

LAURA. Vuestra presencia, (*A Cataneo.*) monstruo, aquí, terror me causa.

CAFIERO. Vamos, firma. (*A Masanielo.*)

- MASAN. Nunca.
- CAFIERO. Advierte
que resistirte es matarla.
- MASAN. ¡Ah! sí. (*Toma la pluma para firmar.*)
- LAURA. ¿Qué papel es ese?
- MASAN. (*Tapándolo con ambas manos.*)
No lo mires... Marcha, marcha
lejos de aquí.
- LAURA. ¿Tú me arrojas...?
- MASAN. ¡Ah! por piedad, vete, Laura.
- LAURA. ¿Qué misterio...?
- CATANEO. ¿No lo oís?
Salid.
(*La agarra por un brazo para apartarla.*)
- LAURA. Dejadme.
- CATANEO. Insensata,
¿á qué os empeñais...?
- MASAN. (*A Cafiero.*) Amigo,
vé, de este sitio la aparta.
- CAFIERO. Sí, pero firma primero.
- MASAN. ¿No ves?
- CAFIERO. Firma.
- MASAN. Tu palabra...
- CAFIERO. La cumpliré, pero firma.
- MASAN. Ya te obedezco. (*Firma.*)
- CAFIERO. ¡A Dios gracias!
(*Corre hácia Laura y procura llevársela.*)
Venid, señora, seguidme.
- LAURA. ¿Dónde? ¿A qué?
- CAFIERO. Tomas me encarga
que liberte al conde.
- LAURA. ¿Es cierto?
- CAFIERO. Prudencia... Si os escucharan...
- LAURA. ¡Ah! vamos pronto.
- CAFIERO. Venid.
(*Cafiero se lleva á Laura. Cataneeo se dirige á Masanielo.*)
- CATANEO. ¿Y la sentencia?
- MASAN. (*Dándosela.*) Tomadla.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una gran plaza. En el fondo hay un arco triunfal hecho con ramas, yerbas y flores. A la izquierda del actor está la entrada de la cárcel. A la derecha, en el primer plano, entre otras casas, una con puerta y balcon practi- rables.

ESCENA PRIMERA.

CAFIERO, algunas gentes del pueblo.

(Al levantarse el telon se ve á varios trabajadores que estan acabando de adornar el arco con guirnal- das. Habrá algunos grupos de gentes del pueblo.)

CAFIERO. **E**La, chicos, trabajad, traed guirnaldas, coronas, todo es poco, voto á brios, para celebrar la gloria del héroe que nos liberta de esclavitud ominosa.

UN HOMBRE. ¿Cuándo empieza la funcion?

CAFIERO. Pronto: dentro de dos horas.

Cuidado que vengais todos con ramos... Será famosa.

¡Qué triunfo! Igual no se ha visto desde los tiempos de Roma.

Masanielo pasará

por ese arco en su carroza;

las calles todas colgadas;

luminarias asombrosas;

magnífico... Vamos, vamos,

no hay que pararse... A la obra,

trabajad todos; que aquí

el que no trabaja estorba.
 — Mas Laura... Gracias á Dios
 que llega... Venid, señora.

ESCENA II.

DICHOS. LAURA. MARÍA. UN HOMBRE.

LAURA. ¡Cuánta gente!

CAFIERO. No temais:
 estais segura á mi sombra.

Aquella es la casa... Allí
(Señalando la de la derecha.)

podreis estar sin zozobra
 hasta la noche. Dispuesta
 la fuga está: será pronta
 y sin peligro. La gente
 que la carcel guarda es toda
 de mi eleccion: yo la mando,
 y hará cuanto se le imponga.

LAURA. ¿Estais cierto...?

CAFIERO. Son amigos
 de los que en todas mis bromas
 me acompañan... Yo respondo
 de ellos... Entrad... No os conozcan.
 Luego que llegue la noche
 haremos la escapatoria
 y os iremos á buscar.

LAURA. El cielo os proteja.

CAFIERO. ¡Toma!

¿No nos ha de proteger?
 Esta es accion meritoria;
 y en descuento de mis culpas
 se la doy, que no son pocas.

LAURA. ¿Y Masanielo?

CAFIERO. Está ausente.

LAURA. ¡Dios!

CAFIERO. Su ausencia será corta.
 Ha ido á Pórtici... No puede
 tardar, pues la ceremonia
 de su triunfo ya le espera;

y si verla os acomoda,
 podreis desde aquel balcon...
 Será una funcion hermosa.
 Pero ¿qué grupo se acerca?
 ¡Cataneo! ¿Qué querrá ahora?
 Pronto, entrad. — Tú, no te apartes,
 María, de tu señora.

(*Al hombre que acompaña.*)

Tú, guíalas, y cuidado:
 veremos cómo te portas.

ESCENA III.

CAFIERO. CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

CATANEO. Sí, pueblo, serás vengado:
 hoy su sangre impura corra.
 ¿A qué celebrar con fiestas
 tu mal segura victoria,
 si tus infames tiranos
 aún de la existencia gozan?
 Mueran primero, y despues
 el himno del triunfo entona.

CAFIERO. ¿Qué medita este malvado?
 Alguna infernal tramoya...

CATANEO. Cafiero, el pueblo dispone
 que perezca sin demora
 ese perverso, ese conde
 de aborrecible memoria.
 Aqui cerca, en el Mercado,
 reciba una muerte pronta,
 y...

CAFIERO. (¡Cielos!) — ¿Cómo...? ¿Qué conde?

CATANEO. ¿Eso preguntas? ¿Ignoras
 quién es?

CAFIERO. Ya se ve, si hay tantos
 metidos alli en chirona.

CATANEO. El de Conversano.

CAFIERO. (Pues:
 todo mi plan me trastorna.)
 — Sí, ya estoy.

- CATANEO. Sácalo al punto.
- CAFIERO. No puedo, amigo, perdona.
- CATANEO. ¿No puedes?
- CAFIERO. Todos los presos
están bajo mi custodia,
y sin que venga una orden...
- CATANEO. Esta es su sentencia, toma.
- CAFIERO. Bien; pero dar la sentencia
y cumplirla son dos cosas.
- CATANEO. El tribunal lo dispone:
á él solo cumplirla toca.
- CAFIERO. (¡Cómo apura!)—Masanielo
me mandó...
- CATANEO. ¿Qué nos importa
lo que él maude? Aquí del pueblo
se obedece la ley sola:
si resistes, entraremos,
y de una manera ó de otra...
- CAFIERO. Qué, si yo no me resisto...
(¡Mala centella te coja!)
Al contrario, lo deseo...
La alegría me rebosa...
y tendré un gusto en mirar
cómo le... Yo por la forma
lo decia, como soy
responsable... ¿Y á qué hora?
- CATANEO. ¿No lo oyes? Ahora mismo:
allí, en el Mercado.
- CAFIERO. (¡Sopla!)
- CATANEO. Con que...
- CAFIERO. Sí... ya voy... ¡Qué gozo
el ver cómo le acogotan!
Yo mismo seré capaz...
- CATANEO. ¿Qué gente tienes?
- CAFIERO. Famosa:
toda del puerto.
- CATANEO. Está bien:
encárgate de la obra...
Le llevarás al suplicio.
- CAFIERO. ¿Quién...? ¿Yo?
- CATANEO. Sí... tú.

CAFIERO. Me acomoda.—
 (Ya respiro... Tal vez...)— ¡Bueno!
 ¡Ó qué tiros en la cholla
 voy á encajar del vejete!—
 (¿Cómo haré...?)

CATANEO. ¿Vas?

CAFIERO. (Dale, bola;
 ¡qué prisa!)— Voy.— (Pues señor,
 pecho al agua y arda Troya.)
 (*Entra en la carcel.*)

ESCENA IV.

CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

CATANEO. No hay tiempo, no, que perder.
 Ó triunfa nuestro enemigo,
 ó pronta de este castigo
 la ejecucion ha de ser.
 Evitemos la presencia,
 amigos, de Masanielo;
 pues no calma mi recelo
 que firmase la sentencia.
 Harto resistió; y sus ojos,
 que en cólera oculta ardian,
 al dárme la descubrian
 mal reprimidos enojos.
 No hay duda: fue su intencion
 burlarnos; mas piensa mal
 si piensa del tribunal
 engañar la prevision.
 Si salvarle pretendia,
 mas pronta nuestra venganza...

ARPAYA. Es injusta desconfianza;
 pues ¿cómo Aniello podria...?

CATANEO. Torpe pasion le avasalla;
 y donde manda el amor,
 á su halago seductor
 la voz de la patria calla.
 ¿Lo creereis? Odiosos lazos
 ha proyectado formar,

y amante hoy mismo estrechar
á esa familia en sus brazos.

Entonces ya no será
el humilde pescador;
será el soberbio señor
que siervos nos llamará;
y del pueblo renegando
en infame apostasía...

ARPAYA. Cierta su muerte sería.

GENARO. Otra vez al yugo infando
la cerviz no doblaremos.

CATANEQ. No, amigos, antes morir;
ó antes, mas bien, abatir
al insolente debemos.

Mostrémosle en esta accion
dó nuestro poder alcanza;
y pierda asi la esperanza
que alimenta su traicion.

ESCENA V.

DICHOS. CAFIERO. EL CONDE. Luego LAURA y MARÍA.

CATANEQ. (*A Cafiero, que sale.*)

¡Y bien! ¿Cuándo acabarás?

CAFIERO. Ya sale el hombre... Miradle.

Sale el conde rodeado de una escolta armada con arcabuces. Al verle el pueblo se alborota.)

VOCES. ¡Él es!

OTRAS. ¡Tirano!

OTRAS. Matadle.

CAFIERO. (*Aléjando el pueblo que se acerca al conde.*)

Ea, poco á poco... atras:

ved que al que se acerque...

VOCES. ¡Muera!

CAFIERO. Canalla, vamos callando.

(*A los de la escolta.*)

Vosotros, id despejando.

Algunos hombres de la escolta alejan al pueblo.

Laura, oyendo los gritos, se asoma al balcon, reconoce á su padre y baja precipitada.)

- LAURA. ¿Qué voces son estas?
 CAFIERO. Fuera. (*Al pueblo.*)
 LAURA. ¡Cielos! ¡Mi padre!
 CAFIERO. (*A la escolta.*) Marchemos.
 LAURA. ¡Y le llevan á morir!
 CAFIERO. A mi lado debéis ir: (*Bajo al conde.*)
 luego que al punto lleguemos...
 CATANEO. ¡Con qué arrogancia camina!
 En estos hombres odiados
 aun cuando estan humillados
 el fiero orgullo domina.
 Venid... sigamos. (*A Arpaya y Genaro.*)
 (*Sale Laura seguida de María, que procura detenerla.*)
 MARÍA. ¿Qué haceis?
 LAURA. Déjame... quiero...
 MARÍA. Mirad...
 LAURA. Verdugos... tened... ¡piedad!
 MARÍA. Ved, señora, que os perdeis.
 LAURA. ¡Piedad, que es mi padre!
 CAFIERO. (*¡Ó cielo!*)
 ¡Laura!)
 CONDE. ¡Mi hija!
 LAURA. ¡Compasion!
 ¡Padre!
 CATANEO. ¡Su hija...! ¡Maldicion!
 Señora, vano recelo...
 LAURA. Dejadme, dejadme vos.
 (*A Cataneco con indignacion.*)
 CONDE. ¿A qué vienes, hija, á qué?
 CATANEO. Idos.
 LAURA. Sí, sí: ya lo sé:
 quereis matarle... ¡Gran Dios!
 No será... no... no lo quiero...
 (*Abrazándole.*)
 ¡Primero me hareis pedazos
 que arrancarle de mis brazos...
 Sí, matadme á mí primero.
 CONDE. ¡Hija...!
 LAURA. Pero ¿dónde está?
 (*Mirando al rededor.*)
 CATANEO. ¿Quién?

LAURA. Masanielo... Sí... ¿dónde,
dónde está...? ¿Por qué se esconde?

CONDE. Mira el pago que te da:
ese el amante sensible
es á quien tu amor se inclina;
el que á tu padre asesina.

LAURA. ¡Ah! ¿qué decís...? No es posible...
¿Dó está...? Llamadle... Marchad...
Salvarle me prometió.

CONDE. El pérfido te engañó.

CATANEO. Cumplimos su voluntad.

LAURA. Mentís... Tanta alevosía...

CONDE. Pierde esa necia ilusion,
y sobre él tu maldicion
caiga cual cae la mia.
A este precio te perdono;
y un padre su amor te deja,
rogando á Dios te proteja
en tu mísero abandono.
A Dios... Vamos.

LAURA. Aguardad.

No es vana, no, mi esperanza.

CATANEO. ¡Ó qué enojosa tardanza!

¿En qué os deteneis? Marchad.

LAURA. No le arrancareis de aqui.

CATANEO. Separadlos.

LAURA. ¡Monstruo fiero!

¿Te atreves...?

CONDE. ¡Hija!

LAURA. No quiero...

Dejadme... no... no... ¡ay de mí!

(Separan á Laura de su padre á pesar de sus esfuerzos, y cae al suelo desmayada. Maria acude á socorrerla.)

CATANEO. Llevadle, y sin mas tardar...

(Casiero y su escolta se marchan llevándose al conde. Le sigue una parte del pueblo: otra se queda.)

MARÍA. Se ha desmayado.

CATANEO. *(A los suyos.)* Dejadla,
y sigamos...

MARÍA. Amparadla.

CATANEO. Es preciso apresurar...

ARPAYA. ¡Dios! ¿No es aquel Masanielo?

CATANEO. ¿Qué dices?

ARPAYA. Mírale, sí,
encaminándose aquí.

CATANEO. ¡Él es...! Confúndame el cielo.

Retirad á esa muger.

¡Ó funesto contratiempo!

Pero ya no será tiempo;

vendrá á verle perecer.

ESCENA VI.

MASANIELO. CATANEO. ARPAYA. GENARO. LAURA.
MARÍA. PUEBLO.

MASAN. ¿Qué es esto...? ¿Qué rumor...! ¿Adónde corre
aquel pueblo en tropel...? ¿Por qué os encuentro
agitados, confusos...? ¿Qué peligro
nos amenaza...? En fin, decid, ¿qué es esto?

CATAN. Que ya impaciente, de aguardar cansado,
á vengar sus agravios corre el pueblo.

MASAN. ¡Cómo...! ¿Qué nuevo crimen...?

(Reparando en Laura, que empieza á volver en sí sos-
tenida por María.)

Mas ¿qué miro?

¡Una muger!

LAURA. (Volviendo en sí.)

¡Ay Dios!

MASAN.

¿Quién es? ¡Ó cielos!

¡Laura! ¡Laura!

CATAN.

Ella es.

MASAN.

¡En cuál estado!

¡Bárbaros, por vosotros...! ¿Qué habeis hecho?

¡Ah! vuelve en tí, mi bien, ya nada temas;

que á tu lado se encuentra Masanielo.

LAURA. Deteneos... crueles... perdonadle...

No le mateis... piedad... piedad os ruego...

MASAN. ¿Qué escucho...? ¡Santo Dios! ¡Sospecha horrible!

Habla, Laura... yo soy... Habla.

LAURA.

¿Qué veo?

¡Masanielo...! ¡Ó placer! ¡Mi padre...! pronto...
¡Mi padre!

MASAN. ¡Cómo!

LAURA. Sí... ¡mi padre!

MASAN. (*Con furor.*) Entiendo.

LAURA. ¡Mi padre...! Allí... allí... Quieren matarle.

MASAN. ¡Ó rabia...! ¡Infame, tú...! (*A Cataneo.*)

CATAN. ¡Qué culpa tengo?

Tus órdenes cumplí.

MASAN. ¡Y osas, malvado...?

LAURA. ¡Él...! ¡Quién...? ¡Él!

CATAN. Sí... Mirad... Ved este pliego

La sentencia del conde... y esta firma,

¿la conocéis?

MASAN. ¡Cataneo!

LAURA. ¡Ó Dios...! ¡Es cierto!

¡Es la suya! ¡Ó maldad!

MASAN. Laura, no creas...

LAURA. Aparta.

MASAN. Mas ¡ó Dios...! Aun será tiempo...

Sí... sí... córramos... ¡Ay! (*Óyese una descarga.*)

LAURA. ¡Ah! ¡Ya no existe!

MASAN. ¡No existe...! ¡Qué, esos tiros...?

LAURA. Sí, perverso.

Sí, monstruo, alégrate... Por fin, cumpliósese
tu pérfida traición... Mi padre ha muerto.

MASAN. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto...! Y yo...

LAURA. Por tí, asesino.

¡Y te he podido amar...! ¡Amor funesto,
horrible, detestable...! Vé, malvado;
si te quise una vez, ya te aborrezco.

MASAN. ¡Tú, Laura, tú...! ¡A mí!

LAURA. Sí, lo repito,
monstruo digno de horror... Sí... te detesto.

Huye lejos de mí... Tu amor maldigo,
y mi amor criminal maldigo á un tiempo.

Así sobre tu frente abominable

el rayo vengador lancen los cielos. (*Vase.*)

MASAN. ¡Ah!

DICHOS, menos LAURA y MARÍA.

(Masanielo al decir ¡Ah! habrá quedado como anonadado, sostenido por alguno de los suyos. Permanece en esta situación algun tiempo, y despues, como volviendo poco á poco en sí, se manifiesta acometido de un repentino delirio.)

MASAN. ¡Te aborrezco...! ¡Te aborrezco... ¡Horrible, horrible voz...! ¿Por qué cuál hondo trueno aqui. resuena, aqui...? ¿Qué nube es esta que me ofusca el mirar...? ¿Qué enorme peso...? ¡Aborrecer...! ¿Quién...? ¡Ella...! No, mentira... No es cierto... me engañé... Sin duda es sueño... pero ¿qué sueño atroz...! Si verdad fuese... ¡Ah! toda mi razen... No, no lo creo. Mas yo lo oí. Decid... ¿lo habeis oido tambien vosotros...? ¿Qué...! ¿Guardais silencio? Pérfidos; ¿lo creereis...? ¿Pues por ventura que me adora ignorais? Huid, perversos. Vosotros sois los que intentais alevos arrancarme su amor... ¡Vano proyecto! No lo conseguireis... siempre mas viva esta llama feliz arde en su pecho. Preguntádselo, sí. Mas ¿dó se encuentra? ¿No estaba ahora aqui...? ¿Por qué tan lejos...? ¿Quién me la osó robar...? ¿Sereis vosotros? Id, buscadla, corred.—¡Ah! ¡ya la veo! Llega, Laura, bien mio, ven y diles que me amas, que me adoras.—¡Dios! ¿qué es esto? A tus plantas tendido, destrozado, de tí me aparta ensangrentado cuerpo. ¡Es tu padre...! Su sangre hirviente corre... A mí, la arrojas; y en airado acento, oigo otra vez tus labios que repiten esa terrible voz ¡yo te aborrezco!

CATAN. Infeliz, su razon le ha abandonado.

MASAN. Pues bien, ódiame, sí... Ese odio acepto. Amor, dichas, placer... á Dios... Renuncio

para siempre á vosotros... solo quiero
 vivir ya para odiar... pero mis odios,
 temblad todos, temblad, serán funestos.
 Pues tú me los arrojas, los recojo,
 y los vuelvo á mi vez al mundo entero.
 ¿Qué haceis ahí vosotros? ¿Por qué os miro
 ociosos? ¿Qué esperais...? ¿No hay ya protervos
 á quienes castigar? ¿No hay ya venganzas?
 ¿Cómo tan tibio estás, airado pueblo?
 Caigan esos palacios que te insultan;
 sus doradas techumbres trague el fuego;
 dispersad las riquezas que atesoran,
 y esterminad á sus altivos dueños.
 Id, yo lo mando... Que las manos vuestras
 esgriman sin piedad la tea, el hierro;
 y eternas ruinas desde hoy mas el nombre
 recuerden con horror de Masanielo.

CATAN. Sí, sí: marchad, obedeced... es justo:
 al mundo dad este terrible ejemplo.

VOCES. Vamos.

CATAN. ¡A la venganza!

VOCES. ¡Al esterminio!

CATAN. Pueblo, no haya piedad.

VOCES. No... no... marchemos.

(*El pueblo se dispersa, y al cabo de algun rato se ven por todos lados las llamas de un incendio que aumenta por grados. Masanielo ha vuelto á quedar sumido en un profundo abatimiento.*)

CATAN. (*A Masanielo.*)

Ahora el gefe de mandarnos digno
 en tí ya reconozco... Tu alto puesto
 supiste merecer... Te espera el triunfo.

Ven, sígueme, que allí...

MASAN. (*Distraido.*) Di... ¿Será cierto
 que Laura me aborrece?

CATAN. ¡Qué delirio!

Ven, desecha ese vano pensamiento.

Mira el carro triunfal. (*Señalando al fondo.*)

MASAN. Tal vez al verme

sentado en él, su amor arda de nuevo.

¿Es tan bella la gloria! Mas ¿qué llamas...?

CATAN. Las mandaste encender.

MASAN. ¿Yo...? No me acuerdo.

Pero sí... vamos... sí... Las luminarias
de mi triunfo serán...

(*Da algunos pasos, vuelve á caer en su abatimiento,
y dice con dolor y amargura:*)

¡Yo te detesto!

(*Cataneo le coge por el brazo y se lo lleva, dejándose
él ir maquinalmente.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. CAFIERO. Luego MASANIELO en el carro
triumfal. PUEBLO.

(*Todo el pueblo se agolpa hácia el fondo; y ape-
nas se ha marchado Masanielo, aparecen en el pros-
cenio Cafiero y el conde disfrazado. Empieza á ano-
checer.*)

CAF. Venid, señor, venid... Por fin logramos
engañar su furor.

CONDE. ¡Cuánto te debo!

CAF. Huyamos de ese pueblo enfurecido.

¡Oís sus voces? (*Se oyen dentro voces y vivas.*)

CONDE. Sí... Pero ¡qué incendio!

CAF. Es cierto... ¿Qué será?—Mirad.

CONDE. ¡Ó asombro!

¡Masanielo triunfante!

CAF. Huyamos luego.

(*Masanielo aparece por el fondo en el carro triunfal.
Le rodea el pueblo, llevando ramas, palmas y teas,
y victoreándole. El incendio aumenta. El conde y
Cafiero huyen apresuradamente atravesando el
proscenio.*)

ACTO QUINTO.



El teatro representa un jardín: á un lado un pabellon: hácia el fondo el palacio del conde: en medio, cerca del proscenio, un grupo de árboles con un asiento al pie.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. UN MARINERO.

(Salen el conde y el marinero del pabellon. El primero leyendo una carta.)

CONDE. *(Lee.)* **M**ilagroso es el modo con que os habeis libertado del furor de esos asesinos. Vuestra vida, sin embargo, peligrará en tanto que permanezcáis ahí, por muy oculto que esteis. Hoy mismo deben llegar fuerzas suficientes para atacar á los rebeldes. Venid, pues, sin tardanza á este castillo, donde en breve podrá ser útil la presencia de tan buen servidor del rey. Vuestro. = *El duque de Arcos.*

MARIN. ¿Teneis cerca vuestra lancha?
Ahí en esa orilla está
atracada.

CONDE. ¿Me podreis
sin riesgo alguno llevar
á Castel dell Ovo?

MARIN. Puedo.

CONDE. Pues bien, id, y me esperad.
(Vase el marinero.)

ESCENA II.

EL CONDE, solo.

CONDE. Es preciso no perder
esta ocasion... ¿Si vendrá
Laura...? Infeliz, ¡cuál quedó!
¡En un deliquio mortal
sumergida...! En ella, al fin,
venció el cariño filial;
y hora ya desengañada,
sumisa obedecerá...
Mas héla aqui.

ESCENA III.

EL CONDE. LAURA. CAFIERO.

LAURA. (*Llega corriendo y se arroja en los brazos
del conde.*)

¡Padre!

CONDE.

¡Hija!

LAURA.

Padre querido, ¿es verdad
que os vuelvo á ver? Permitid
que cien veces y cien mas
os estreche entre mis brazos...
¿No es ilusion? ¡Vivo estais!
¡Vivo, sí!

CONDE.

Dale las gracias
primero á Dios, que guardar
quiso mi vida, y despues...

LAURA.

¡Ah! ¿cómo recompensar...?

CAFIERO.

Dejaos de eso... Fue idea
escelente, voto á tal;
pero no mia, que tanto
no discurro yo jamas.
Es lance que ha pocos dias
á un amigo oí contar,
y sucedió... ¿dónde...? ¿dónde...?
no me acuerdo... ¿qué mas da?
Hice de él memoria, y dije:
¿este caso no es igual?

Pues lo mismo hagamos... Tiren
 con pólvora nada mas:
 finjase muerto al oír
 los tiros, y estamos ya
 fuera del paso... Ello es cierto
 que favoreció mi plan
 el barullo que se armó
 al presentarse Tomas;
 y luego el incendio, el triunfo...
 En fin, se pudo escapar.

CONDE. Entre los males que afligen
 á esta infeliz capital,
 este rasgo de heroismo
 consuela la humanidad.
 Sin el premio que merece
 el rey no lo dejará;
 yo mismo...

CAFIERO. Sí, pero ahora
 en lo que debeis pensar
 es en huir. Alterado
 el pueblo otra vez está.
 Intentó vuestro cadáver
 despues del triunfo arrastrar:
 buscólo: uno de los míos
 les contó el lance, y estan
 que brañan.

LAURA. Marchaos.

CONDE. Sí.

Vamos, hija.

CAFIERO. ¿Qué, se va
 con vos? Pues yo imaginaba...

CONDE. ¿Por ventura lo dudais?

CAFIERO. ¿Y mi amigo?

CONDE. ¿Masanielo?

LAURA. ¡Ah! no volvais á nombrar
 á ese infame.

CAFIERO. ¿Qué decís?

¿Vos ese pago le dais?

LAURA. ¿Qué otro merece un traidor
 asesino y desleal?

CAFIERO. ¡Asesino! ¿Cómo es eso?

¡Él! ¡Masanielo...! Mirad...
Cuidado, que hasta ese punto
las chanzas pueden llegar.
¡Despues que él os ha salvado!

LAURA. ¿Quién? ¿Él?

CAFIERO. Él.

LAURA. ¿Será verdad?

CAFIERO. Como que si no es por él,
estais en la eternidad.

LAURA. ¿Lo veis...? Bien me lo decia
el corazon, que capaz
no era de... ¡Que haya podido
un solo instante dudar...!
¡Infeliz!

CAFIERO. Bien infeliz:
teneis razon.

LAURA. ¿Qué?

CAFIERO. ¿Ignorais
el estado en que se encuentra?

LAURA. ¿Qué le ha sucedido? Hablad.

CAFIERO. Tal impresion en su mente
hizo el suceso fatal,
que desde ayer la razon
le ha trastornado el pesar.
Perdido el juicio, do quiera
corriendo cual loco va.
Ora llora, ora sonríe,
ora se pone á gritar,
ora taciturno espanta
con triste y sombría faz.
Os llama, y mas se enfurece
vuestro nombre al pronunciar.

LAURA. ¡Santo Dios! Yo soy la causa...

CAFIERO. Pero alli viene: mirad.

LAURÁ. ¿Que á tal extremo el dolor...!
¡Oh! ¡cuán demudado está!

ESCENA IV.

DICHOS. MASANIELO.

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN.

¿Quién me llama?
¿Quiénes sois?

LAURA.

¿Tú lo preguntas?
¿No me conoces?

CAFIERO.

A nadie.

MASAN.

¿Yo...? ¿á tí...? No te vi nunca.

LAURA.

¿Ya no conoces á Laura?

MASAN.

¡Laura!

LAURA.

Yo soy.

MASAN.

¿Qué fortuna!

¡Tú Laura...! Ven.— Embustera:

no lo eres, no... tú te burlas.

Laura está lejos de aquí;

muy lejos... Voy en su busca.

CONDE.

¡Infeliz!

MASAN.

Y vos, ¿quién sois?

¡Ah! ya lo sé... Sois sin duda

de Francia el embajador.

CONDE.

¿Yo?

MASAN.

Pues hablad: ya os escucha
el dux... ¿Reconoce al fin
el francés nuestra república?

CAFIERO.

¿Por dónde sale!

MASAN.

Decid

á vuestro amo que quien jura

sér libre, cual lo juramos,

pactos tan viles rehusa:

ó vence, ó bien en la empresa

entre ruinas se sepulta.

CAFIERO.

¿Qué embajador, ni qué... Mira
que es el conde...

MASAN.

¡El conde! ¡Ó furia!

¡El conde! ¿Quién hay aquí

que su muerte me atribuya?

¿Sois vosotros...? No, perversos,
mentís.

CAFIERO.

Si nadie te acusa...

MASAN.

Mentís... es falso... jamas...

Me engañaron... ¡maldad suma!

Yo libertarle queria;

y un traidor, Dios le confunda,

fingiendo amistad, osó...

CAFIERO. No le hagas tal injuria.

Al contrario.

MASAN.

¡Ah! Vele aqui.

¿Dónde, malvado, te ocultas?

Halleté al fin... Morirás,

y entre mis manos robustas...

(Se abalanza á él, y le agarra á la garganta.)

CONDE. ¿Qué haceis?

CAFIERO. Quita.

LAURA. ¡Masanielo!

(Laura pronuncia esta palabra fuertemente. Masanielo suelta á Cafiero, y se pone á escuchar como reconociendo la voz.)

MASAN. ¿Qué voz...! ¿Oís...? Es la suya.

Ella es, sí, que me llama.

¡Me llama...! ¡Laura...! ¡Ó ventura!

Voy... voy... no me detengais.

Voy... voy... voy... *(Vase.)*

ESCENA V.

LAURA. EL CONDE. CAFIERO.

LAURA.

¡Fatal locura!

¡Ah! Yo le sigo.

CONDE.

¿Qué intentas?

Pensemos solo en la fuga.

LAURA.

¡Y he de dejarle?

CONDE.

Es forzoso.

El justo cielo que turba
su razon, sabrá volvérsela
luego que á sus fines cumpla.

LAURA.

Y nosotros que la causa
somos de su desventura,
¿no tenemos que cumplir
tambien deberes? ¡Ah! nunca...

CONDE.

Incauta, piensa en los riesgos
que aqui do quier nos circundan.

LAURA.

Aunque la vida me cueste,
á mí ninguno me asusta.

CONDE.

Y ¿tu padre?

- LAURA. ; Vos...! Es cierto...
- CONDE. Sígueme... vamos.
- LAURA. ; Ó dura
necesidad...! Atended...
- CONDE. ; Qué?
- LAURA. Tal vez...
- CONDE. ; Ah! tú rehusas...
- LAURA. No, disponed de mi suerte ;
que aunque mi pasion es mucha,
en mí la voz...
- CAFIERO. Poco á poco:
¿ y aqui á nadie se consulta?
- CONDE. ; Cómo?
- CAFIERO. Que contando estais
sin la huésped. — Él huya
cuando guste, pero vos,
eso no,
- CONDE. ; Quién dificulta
su partida?
- CAFIERO. Yo.
- CONDE. ; Vos?
- CAFIERO. Sí.
Sé muy bien que esto no os gusta ;
pero mi amigo es primero.
- CONDE. ; Y mi autoridad?
- CAFIERO. Es nula.
Aqui mandamos nosotros.
Si os sigue, adios: las afufa
para siempre, y nos quedamos
sin novia.
- CONDE. ; Y con su locura
insistís...?
- CAFIERO. Sí: por lo mismo.
Pues ella el juicio le ofusca,
ella es quien le ha de curar.
Los físicos lo aseguran.
- LAURA. ; De veras?
- CAFIERO. Cierto... Ya veis...
- LAURA. Entonces...
- CONDE. (; Negra fortuna! (*Aparte.*)
Mas disimulemos... Pronto
- :

volveré.)

CAFIERO. Luego, la fuga
de los dos os espondrá
á que por ella os descubran.
Dejadla: la cuidaremos.
No somos ninguna chusma
intratable y descortés:
gastamos tambien finura
con las damas.

CONDE. Bien está:
como por su parte cumpla
cual debe...

CAFIERO. Mas ¿no es Cataneo
aquel...? Sí, él es... ¿Qué diablura!
Esto es malo... Si os descubre...
Marchad, marchad... La falúa
os está esperando... Pronto,
que aqui se acerca... Él os busca
sin duda... Yo aqui me quedo
para contener su furia.
(*Vanse el conde y Laura.*)

ESCENA VI.

CAFIERO. CATANEO.

CATANEO. ¿Quién es aquel que va allí?

CAFIERO. Un pescador. ¿No lo ves
por el traje?

CATANEO. Y ella es
Laura.

CAFIERO. Ya se ve que sí.

CATANEO. ¿Dónde va?

CAFIERO. Se va á embarcar.

CATANEO. Aquel es su padre.

CAFIERO. ¡Bien!
¿Estás en tu juicio? ¿Y quién
le pudo resucitar?

CATANEO. Alcanzándole sabremos...

CAFIERO. Atras: de aqui nadie pasa.

CATANEO. La ira el pecho me abrasa.

¡Traidor!

CAFIERO. No nos sofoquemos.

Soy testarudo, lo sabes;
y es empeño que he formado.

CATANEO. Sí, porque tú le has salvado.

CAFIERO. Pues siendo así, que me alabes
justo será.

CATANEO. ¿Yo?

CAFIERO. Sin duda.

¿No fuera laudable acción?

CATANEO. No fuera sino traición.

CAFIERO. La palabra es algo cruda.
Mas que sea ó no bien hecho,
le he salvado, sí señor;
y ¿qué tenemos...? ¡Traidor!
Pues si lo soy, buen provecho
me haga... pues... ¡Habrás visto!

CATANEO. Si hubieras sido capaz...

CAFIERO. Tengamos la fiesta en paz;
porque sino ¡vive Cristo...!

CATANEO. ¿Me amenazas?

CAFIERO. No que no.
¡Con fieros á mí me vienes!
Si tú buenos puños tienes,
buenos puños tengo yo.
Veremos quién puede más.
Pero mírale embarcado.
Pese á tí, ya se ha salvado.
A Dios, señor Fierabrás. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CATANEO, solo.

CATANEO. Me ha burlado, vive Dios;
mas, ó corazón, respira,
que víctimas de tu ira
hoy mismo serán los dos.
A un rival aborrecido
demos el golpe funesto:
derroquémosle del puesto

por mí tan apetecido.
 Te libraste de la muerte,
 conde, y me debo alegrar,
 si otra sangre, en tu lugar,
 que mas me importa, se vierte.
 Se verterá; que ya tengo
 las pruebas de la traicion.
 Albricias, pues, ambicion,
 venciste... ¿A qué me detengo?
 Solamente un paso ya
 le falta dar á mi encono:
 vamos á darlo, y el trono
 de Italia mio será. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LAURA. MASANILO.

(*Sale Laura observando á Cataneo que se marcha.*)

L. 7^{ma} LAURA. ¡Ah! ya se fue... respiro... Al fin mi padre
 las olas hiende en salvadora barca.
 Protejedle, Dios mio; y de sus iras
 el tiempo calmará la adusta saña.
 Sí, yo lo espero: en sus paternos brazos
 algun dia tal vez... ¡Ilusion vana!
 ¡Masanielo infeliz! Hoy tu locura
 la flor vino á agostar de mi esperanza.
 Pero aqui se dirige.— ¡Quién me diera
 sus males disipar!

(*Sale Masanielo lentamente, pensativo y triste; y sin reparar en nada se viene á sentar en el banco.*)

MASAN. No pude hallarla...
 No pude... no... y el bosque he recorrido,
 y el vergel, y el palacio... nada... nada...
 Ella fue, sin embargo... su voz era
 la que aqui resonó... su voz tan grata...
 aquella voz que el corazon conmueve...
 No me pude engañar.

LAURA. No te engañabas.
 Era ella.

MASAN. (*Levantándose.*)

¡Otra vez...! ¡Ó dicha...! ¿Dónde,
dónde estás...? ¿Eres tú...? No, no eres Láura!

LAURA. ¡Oh! sí.

MASAN. Vete.

LAURA. ¡Cruel! ¿Me desconoces?

MASAN. ¡Ah! ya comprendo... ¿Con que tú eres, falsa,
quien fingiendo su voz...?

LAURA. Cálmate: el cielo
para aliviar tu pena aquí me manda.

MASAN. ¿A tí?

LAURA. Benigno de tu mal se duele,
y lo quiere templar... La dulce calma
vuelva á tu pecho, y la razon perdida
de nuevo infunda su divina llama
en tu estraviada mente... Ó Masanielo,
¿quién compasivo al verte no llorara?

MASAN. Sí... sí... prosigue... que al oírte siento
un consuelo, un placer... No calles... habla...
habla.

LAURA. No puedo... que mi voz... el llanto...
(*Le toma una mano y llora sobre ella.*)

MASAN. ¿Qué haces...? ¿Llanto feliz...! ¿Cómo derrama
en mí dulce calor...! Díme: ¿quién eres?
Tal vez un angel que del cielo baja
á consolarme... Sí... tan solo un angel
es hermoso cual tú... ¿Qué tez nevada!
¿qué rostro celestial...! ¿qué bellas formas...!
¿Cuál tu ardiente mirar penetra el alma!
Dime quién eres, sí.

LAURA. ¿Que no conozcas
á la que amante fiel...

MASAN. Necia, ¿tú amas?
¡Ah! Yo tambien amé... Quise á una hermosa...
Tenia tu mirar... Y améla ¡ingrata!
cual no se puede amar... con un delirio,
un ciego frenesí que nadie iguala.
Pues bien... ¿podrás creerlo...? me aborrece...
me aborrece... ella misma...

LAURA. No, te engañas.

MASAN. Pero su odio es fatal... Sí, todo un pueblo

ese aborrecimiento ahora me paga;
y en mi furor...

LAURA. ¿Qué hiciste? No son esas
las pruebas que á tu amor le pide Laura.

MASAN. ¡Laura...! Su nombre es ese... ¿La conoces?

LAURA. Laura siempre te adora, te idolatra.

MASAN. ¿Qué dices...? ¿Ella...? ¡A mí!

LAURA. Sí.

MASAN. ¿Será cierto?

No me engañes... por Dios... fuera una infamia.
Repítemelo... sí...

LAURA. ¿Cómo decirte
que arde y muere por tí la desdichada?

MASAN. ¡Ah! me mata el placer... Mas ¿cómo sabes...?

LAURA. ¿No ves que ella está aquí, que ella te abraza;
que esta voz es su voz, este su llanto?

¡Ah! cruel: mis gemidos, mis palabras,

¿no te dijeron ya que aquí la tienes?

¿Nada tu corazón te dice, nada?

Mírame... mírame.

MASAN. ¡Dios...! ¡tú...! sí... ¡cielos!

¡Ella es! ¡ella es!

(*Se arroja en sus brazos con entusiasmo.*)

¡Prenda del alma!

Mas ¿qué es esto? El placer... siento... sosténme...

¡Ay! yo fallezco.

(*Cae desfallecido á los pies de Laura.*)

LAURA. ¡Santo Dios! Le faltan
las fuerzas... Nadie aquí... Mi bien... ¡Ah! vuelve,
vuelve en tí... Masanielo.

MASAN. (*Volviendo poco á poco en sí.*)

¿Quién me llama?

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. ¿Eres tú... Laura... bien mio?

¿Qué es esto...? ¿Dónde estoy?

LAURA. Ven, ven... descansa.

(*Le conduce al banco y se sientan los dos.*)

MASAN. ¿Qué es lo que pasa en mí...? de ante mis ojos
un espeso vapor pienso que apartan...

Mas puro el aire me parece... el pecho

facil respira... el corazón se ensancha... —

¿Con que eres tú?—¡Gran Dios! Sin duda un sueño
he debido tener... pero, ó mi Laura,
qué sueño tan horrible.— Di... ¿tu padre...?

LAURA. Mi padre vive.

MASAN. ¿Sí...? pues yo jurara...
pero no pudo ser.

LAURA. Olvida, amigo,
esas tristes ideas.

MASAN. Y tú... ¿me amas?

LAURA. ¿Aun puedes preguntarlo?

MASAN. Es que... ¡locura!

LAURA. A tu lado me ves, y ¿esto no basta?

MASAN. Es verdad... es verdad... Mas no sé cómo...

LAURA. ¿A qué en eso pensar...? De esta enramada
mas bien contempla el espesor sombrío,
y las flores brillantes que embalsaman
el aire en derredor, y de aquel cielo
el apacible azul, y de esas aguas
el grato murmurar, y esta frescura
que esparcen por do quier suaves auras.
Goza de tantos bienes que tu pena
sabrán desvanecer.

MASAN. Sí... sí... me agradan;
pero háblame de tí, de tí, bien mio;
que esto solo y no mas quiero con ansia.

LAURA. Pues bien, llégate aquí... Diráte el labio
cien veces y otras cien que te idolatra
este fiel corazon que por tí solo
arde, palpita y en amor se abrasa:
dirá que eres el bien tras que suspiro,
que todo mi existir conmueve, encanta,
por quien sin vacilar diera al desprecio
el brillante esplendor de cien monarcas.
¿Qué á mí su pompa? Cuando al lado mio
te encuentro, nada á mis deseos falta.
Pendiente de tus labios, oigo, adoro
tu dulce razonar embelesada,
y en ese fuego que en tus ojos brilla
bebo el ardor que el corazon me inflama.
Entonces la existencia me parece
veces mil mas hermosa y mil mas grata:

- dije mal: solo entonces sé que existo;
 pues donde tú no estás la vida acaba.
 Sí, tu vida es mi vida: no respiro
 sino porque hasta mí tu aliento pasa.
- MASAN. Y yo, triste de mí, ¿qué fuera, dime,
 si con igual pasion no te adorara?
 Tampoco antes de verte yo existia,
 porque solo al amar vida se llama:
 no amar cual suelen los vulgares pechos,
 con tibio fuego en insensible calma,
 sino con el furor que en hombres fuertes
 su eterna gloria ó su desdicha labra.
 Mil veces en mis sueños ambiciosos
 postrado el mundo ansié ver á mis plantas,
 y tales sueños no creí posibles
 sino cuando tu amor me dió sus alas.
 Entonces, sí, desde mi humilde choza,
 á impulsos del ardor que me arrebató,
 desafío á los reyes, y á mis golpes
 deshecho en ruinas su poder se aplana;
 que esto y mas puede hacer quien feliz debe
 el vigor que le anima á tus miradas.
 Sin tí un oscuro pescador yo fuera;
 hora al cielo por tí mi frente se alza;
 mas la gloria y poder que me circundan
 sin que tambien los goces, ¿qué son? Nada.
 Ven, pues: el pescador hora te ofrece
 de triunfo insigne la gloriosa palma;
 y un puesto te dará donde entre honores
 tuyo puedas al fin llamarle ufana. *proud*
 ¿Quieres mas todavía? Habla... Yo puedo
 tus deseos colmar... ¿Qué bien sentara
 en esa frente cándida y hermosa
 la esplendente diadema de un monarca!
 Di que quieres reinar; y reina al punto
 de Nápoles serás, de toda Italia.
- LAURA. Solo quiero ser tuya. ¿Qué me importan
 cetro y regio dosel, grandezas vanas?
 Dame tus redes y tu amor con ellas:
 á mi felicidad esto le basta.
- MASAN. Y á la mia tambien. ¿Qué mejor trono

que mecida en el mar mi pobre barca
 cuando vogando de la costa lejos,
 y viendo solo el aire, el cielo, el agua,
 solos en la natura nos creamos,
 en una confundiendo nuestras almas?
 Ni adornará tu frente una corona
 cual de rosa y clavel fresca guirnalda;
 ni menos dicha nos ofrece el bosque
 que en dorados salones regio alcázar.
 ¿Ves cuán bello está aquí? ¿No es este el templo
 que amor propicio á sus electos guarda?
 Verde y fresco dosel, florida alfombra,
 coro armonioso que placeres canta,
 y aquel luciente sol que allá en el cielo
 ve y aplaude este ardor que al suyo iguala.
 ¿A qué esperamos, pues? Dios nos contempla:
 de fé tan pura el juramento aguarda.
 Ven, Laura, acércate: recibe el mio;
 y el tuyo espero aquí puesto á tus plantas.

LAURA. Recíbelo, mi bien: tuya por siempre,
 tuya soy... soy tu esposa... ¿Qué haces? Alza;
 que tu puesto no es ese... aquí lo tienes.

(*Se abrazan.*)

MASAN. ¡Ah! ¿quién mi dicha ahora no envidiara?

ESCENA IX.

DICHOS. CAFIERO.

CAFIE. Huid, huid; que el pueblo enfurecido
 aquí penetra... Su implacable rabia
 una víctima busca, y ¿lo creerías?
 la víctima eres tú.

MASAN. ¿Yo?

LAURA. ¡Ó Dios!

MASAN. Te engañas:
 no es posible.

CAFIE. Cataneo, ese malvado
 que de ruinas y sangre nunca se harta,
 va gritando traicion... Que le has vendido
 le dice al pueblo, y á la voz de patria,

concitando los ánimos inquietos,
contra tí alucinados los arrastra.

MASAN. ¡Ó maldad! (*Se oyen voces del pueblo.*)

CAFIE. ¿Oyes ya?

MASAN. ¿De mis afanes
es este el premio...? Con tenaz constancia
yo sabré...

LAURA. ¿Qué pretendes?

CAFIE. Que ya llegan.

LAURA. Huye.

MASAN. Jamas.

ESCENA X.

DICHOS. CATANEO. PUEBLO.

CATAN. Miradle. Con su amada
le encontramos aqui... ¿Qué mayor prueba
quereis de su traicion? Venganza... Caiga,
caiga el infame que nos vende. Muera.

VOCES. ¡Muera el traidor!

LAURA. ¡Piedad!

CATAN. No... Sin tardanza
herid.

CAFIE. Teneos... Respetad, malvados,
al que vuestras cadenas quebrantara.
¿Osareis...?

CATAN. Es traidor.

CAFIE. Mientes.

CATAN. Ó pueblo,
no dejes sin castigo tanta infamia.

MASAN. Pues bien, herid, herid... El pecho es este
que respetaron enemigas balas
cuando entre riesgos mil la independendencia,
la libertad mi brazo os conquistara.
Herid... ¿No os atreveis?

CATAN. Pueblo inconstante,
¿ante un hombre tan solo te acobardas?
pues yo... (*Óyense tiros de cañon.*)

MASAN. ¿Qué es esto...? ¿Oís?

CATAN. El cañon suena.

¿Qué será?

MASAN. No comprendo...

CATAN. Mas Arpaya
se acerca... Él nos dirá...

ESCENA XI.

DICHOS. ARPAYA.

ARP. Venid, amigos,
al peligro acudid que nos amaga.
Nuevos refuerzos al virey llegaron;
embiste el puerto poderosa escuadra;
y de negra traicion favorecidas,
ya numerosas huestes desembarcan.
Amigos, ¿lo creereis? En ira ardiendo,
de Conversano el conde es quien las manda.

LAURA. ¡Mi padre!

VOCES. ¡El conde!

ARP. Sí.

CATAN. ¡Atroz perfidia!

¿Lo ves, pueblo, lo ves? Quien le salvara
¿es leal?

VOCES. No lo es.

CATAN. Y ¿qué merece?

VOCES. Morir.

CATAN. Pues bien, ahí le teneis.

VOCES. ¡Venganza!

CATAN. No haya piedad.

LAURA. ¡Ay Dios!

MASAN. Cobardes, solo

teneis valor si asesinar os mandan.

¿En esas manos los aceros qué hacen?

¿Por ventura su auxilio no reclama

mas sagrado deber...? ¿Oís...? Si queda

algun resto de honor en vuestras almas,

marchad donde esos ecos el camino

de gloria á un tiempo y libertad os marcan.

Vuestro puesto es allí: si osais, seguidme;

y émulos en valor, nuestras hazañas,

sepultando en el mar á los tiranos,

dirán quién con razón traidor se llama.

CATAN. No le creas, ó pueblo, no le creas:
 mira que solo de engañarte trata,
 y con falaz pèrfidia conducirte
 donde indefenso al sacrificio vayas.
 Marchemos, sí, contra el feroz contrario;
 pero sea despues que castigada
 quede ya la traicion. Muerto el aleve,
 facil del triunfo nos será la palma.

VOCES. Sí, sí.

OTRAS. Perezca.

CATAN. Herid.

VOCES. Muera.

(Cataneo y otros disparan á la vez sus pistolas contra Masanielo.)

MASAN. *(Herido.)* ¡Dios mio!

LAURA. ¡Bárbaros!

MASAN. ¡Muerto soy...! Sostenme, Laura.

Al fin lograron...

(Laura y Cafiero acuden al socorro de Masanielo y le sientan en el banco. Continúan los cañonazos. Oyéense voces dentro.)

ARP. La vecina playa

llena está de enemigos... Ya penetran...

VOCES. Huyamos.

(El pueblo se dispersa, quedando solo Cataneo con unos pocos.)

MASAN. ¡Ah, cobardes...! Una espada...

y mientras en mis venas sangre quede,
 vereisme combatir... No puedo.

(Se levanta en ademan de marchar al combate, pero cae otra vez.)

CAFIE. ¡Ó infamia!

Tú no te salvarás.

(Cafiero corre hácia Cataneo, y asiéndole por el brazo le detiene fuertemente.)

CATAN. ¿Qué haces?

CAFIE. *(Haciendo ademan de buscar una arma.)*

No tengo...

Mas no importa... Venid... No, no te escapas.

(Cataneo hace esfuerzos por desasirse. Cafiero le ar-

rastra consigo. En esto salen soldados españoles y el conde con ellos.)

ESCENA XII Y ÚLTIMA.

DICHOS. EL CONDE. SOLDADOS.

CAFIE. Prended á este traidor.

CONDE. ¡Cataneo! Al punto
en un cadalso su cabeza cáiga.

(Los soldados se llevan á Cataneo. Laura al ver á su padre va hácia él y le lleva adonde está Masanielo.)

LAURA. ¡Padre!

CONDE. ¡Hija...! ¡Mas qué miro...? ¡Masanielo!
Y ¡quién...?

LAURA. Ellos han sido, ellos le matan.

MASAN. Conde... triunfante al fin... Mas hoy al menos
de ser esclavo su furor me salva. *(Muere.)*

CONDE. ¡Ó celestial justicia...! ¡Desgraciado!
Ved cómo el pueblo á quien le sirve paga.

FIN DEL DRAMA.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

ANNALS OF THE ENTOMOLOGICAL SOCIETY OF AMERICA

VOLUME 10, PART 1, 1919

CONTENTS

1. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Anopheles* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

2. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Culiseta* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

3. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Aedes* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

4. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Culex* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

5. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Coquillettidia* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

6. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Wyeomyia* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

7. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Uranotaenia* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

8. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Psorophora* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

9. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Limnocybus* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

10. The Biology of the Mosquitoes of the Genus *Trichopoda* in the State of Texas, with Special Reference to the Mosquitoes of the Subgenus *triseriatus* (Theobald) (D. M. Soper) 1

año (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoraria.—Honor y provecho.—Hostería de Seguros.
 ovaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—
 y amor.—Iutrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—
 ó Napoleón.
 bo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de
 Juan de Padilla.—Judía de Tolcedo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura
 Gadea.—Justicia aragonesa.
 es de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—
 gida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luis
 onceno.—Llueven hofetoues.
 Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela,
 de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—Marido de la
 .—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale lle-
 mpo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoletto.—
 —Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas extraordinarias.—Me-
 la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Men-
 oble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris-
 ti hora por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tío el jorobado.—Moli-
 lolino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortes.—Muérete y ven-
 ger de un artista.—Muger gazmoña.—Muger literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de
 cellas.
 tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no
 No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es
 Novia de palo.—Novio y el concierto.
 cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el laurel.—
 con dos puertas.—Otro diablo predicador.
 el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y bajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
 la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—
 parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—
 abra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda par-
 quero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Peri-
 re ellos.—Perros del monte de San Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan
 ma.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de
 Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo
 morados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—
 amores.—Primito.—Principe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Pro-
 Pruebas de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.
 lirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quie-
 nico.—Quince años despues.
 lete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey
 Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó
 etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdichas.—Roberto D'Arvel-
 erto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la for-
 anda parte.
 —Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Se-
 na duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bocuau-
 patías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofrouia.—Solaces de un
 .—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto ma-
 della.—Shakespeare enamorado.
 vales cuauto tienes.—Tasso.—T codoro.—Testamento.—Tienda del rey dou Sancho.—Tigre
 a.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué
 Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus ca-
 res enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.
 .—¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Vengauza
 ero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Gádenas.—Vengar con amor sus celos.—Vi-
 , ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence apariencias.—Vie-
 ilcejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuclta de Estanislaó.
 a de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un desafío.—Un día de campo.—Un día de
 francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio
 a.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una
 na onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de fa-
 a tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—
 mprovisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger ge-
 na uoche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadera? Un
 .—Un cambio de mauo.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un tr
 idil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.
 —Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado :
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.
80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
40 idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, calle de Jesus y Maria, n.º 4, cto. principal, en las librerías de GUESTA y RIOS, calle Mayor y de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes :

Alicante, Ibarra.—Almería, Alvarez.—Alcoy, Marti Roig.—Algeciras, Contillo Albacete, Canovas.—Avila, Corrales.—Barcelona, Piferrer.—Badajoz, Viuda de Calillo.—Baza, Calderon.—Baena, Fernandez.—Benavente, Fidalgo.—Bilbao, Garcia Burgos, Arnaiz y Villanueva.—Cádiz, Moraleda.—Cáceres, Viuda de Burgos é hijo. Carmona, Moreno.—Córdoba, Manté.—Cuenca, Mariana.—Ciudad Real, Malaguilla. Calatayud, Larraga.—Cornüa, Perez.—Cartagena, Benedicto y Ródenas.—Castel Gutierrez Otcro.—Carrion, Fernandez Meriuo.—Ceuta, Molina é Ibañez.—Ecija, pol.—Elche, Ibarra.—Ferrol, Tajonera.—Granada, Zamora.—Gijon, Marina.—Habu Charlain.—Huelva, Osorno é hijo.—Huesca, Guillen.—Jaen, Calle.—Jerez, Bueno Jativa, Belber.—Leon, Parcerro.—Lérida, Rexach.—Logroño, Verdejo.—Lugo, Pujo Lorca, Delgado.—Loja, Cano y Cerezo.—Lima, Calleja.—Málaga, Medina, Aguilar, I ya.—Murcia, Santamaría.—Mahon, Vinen.—Oviedo, Alvarez.—Orense, Perez.—Oca Calvillo.—Osuna, Moreti.—Pamplona, Ochoa.—Palencia, Camazon.—Palma de Malca, Gelabert.—Puerto de Santa Maria, Valderrama.—Plasencia, Pis.—Pontevedra, lbairo.—Ronda, Moreti y Lombra.—Requena, Penen.—Reus, Molner.—Rivadeo, I nandez Torres.—Rioseco, Pradanos.—Sevilla, Hidalgo.—Santiago, Calleja y Compañi Salamanca, Blanco.—Santander, Carabantes.—San Sebastian, Baroja.—Soria, Perez I ja.—Santo Domingo de la Calzada, Regidor.—San Lucar, Esper.—Segovia, Alons Santa Cruz de Tenerife, M. Ramirez.—Talavera, Sanchez Castro.—Tarragona, Aima Toledo, Hernandez.—Tortosa, Miró.—Tolosa, Lalama.—Teruel, Baquedano.—Va cia, Navarro.—Valladolid, Rodriguez.—Vitoria, Echavarria.—Vigo, Fernandez Dio Villanueva y Geltru, Pers y Ricart.—Ubeda, Franco y Compañia.—Zaragoza, Yagi Viuda de Heredia.—Zamora, Escobar y Pimentel.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes :

Figaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 56.

Astronomía de Aragón: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion gene de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de D. José Zorrilla: 15 tomos que se espندن sueltos, 2

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biogra un tomo, 24.

— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartze busch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Proposiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12

Tau de Montes: un tomo, 14.

Memorias del principe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.



